13

Tierra doliente

El comportamiento de los Krupp entre el derrumbe del *Siegessturm* de Ludendorff y el éxito de la *Blitzkrieg* resulta incomprensible a menos que llegue a entenderse un hecho fundamental: la guerra con los alemanes no concluyó el día del armisticio. En las plazas de ciudades y pueblos de los países aliados comenzaron a aparecer estatuas de bronce que representaban a enjutos soldados, y que llevaban la inscripción «1914-1918». En Alemania, la segunda fecha resultaba incorrecta. La caída del Segundo Reich, igual que en Francia después de la guerra franco-prusiana, fue seguida por la contienda civil. Un fenómeno nuevo y estremecedor, que Hans Kohn llamó «la repentina brutalización de la política», había aparecido. Durante un período de dos años, que comenzó en 1919, los asesinos políticos *(Femen)* cometieron al menos 354 crímenes. La sombra del terror primitivo apareció de variadas formas en cada esquina de la recién nacida república alemana, y durante un cuarto de siglo, su oscura amenaza estaría siempre presente.

Los niños alemanes nacidos durante ese primer invierno de paz, crecerían en una nación que cuando ellos fueran adolescentes sería gobernada por unos terroristas que aguardaban a que esos jóvenes estuvieran en edad militar para poder cruzar de nuevo las fronteras, en un ataque inspirado por el odio. Pero la esvástica de 1933 no fue lo que espoleó los trasgos del miedo. Estos ya se hallaban presentes desde el momento en que el fuego cesó en el frente occidental. El 15 de enero de 1919, Karl Liebknecht, el más eficaz de los críticos de Krupp durante el período previo a la guerra, fue asesinado en una acera de Berlín. Le dispararon por la espalda unos agentes de policía que nunca fueron llevados a juicio. Cinco meses más tarde, cuando el Tratado de Versalles estuvo firmado, un ejército de *Freikorps* se dedicó a ejecutar izquierdistas en las provincias del Báltico. Todas las ciudades tenían abundantes fusiles y ametralladoras Krupp que habían sobrado de la guerra. Los varones adultos de esa época, que de toda la historia eran los hombres que más experiencia tenían en matar a sus semejantes, esperaban sólo un motivo para hacerlo de nuevo. Como cada individuo tenía resentimientos personales, la emponzoñada atmósfera de la posguerra podía hacer que cualquier día se produjese la llegada de las brujas del Sabbath. Sólo en Amerongen, Holanda, uno de los biógrafos alemanes de Guillermo se

preguntó ásperamente si era posible que el kaiser se tapase los oídos para no escuchar «los gemidos de su tierra» (1).

Durante el turbulento primer año de paz, el complejo de empresas Krupp humeó, pero no llegó a entrar en funcionamiento. Seguía manteniéndose el paralelo entre la patria y su familia más poderosa, pero las dos fechas sangrientas —las Semanas Santas de 1920 y 1923—, estaban incubándose. Impedir un estallido inmediato significaría un triunfo personal para Gustav. En potencia, Essen se contaba entre las comunidades más inflamables del imperio humillado, ya que, sin perspectivas de rearmes, los despidos en masa resultaban inevitables. Los informes relativos a los descontentos que se reunían en torno a la Hauptbahnohf, eran tan alarmantes que los criados de Villa Hügel recibieron armas, y a una modista le pidieron que confeccionara una bandera roja que se izaría como símbolo amistoso, si las turbas asaltaban la colina. Como no se presentara nadie, Gustav, dando muestras de notable valor, se dirigió hacia la ciudad. Con su sombrero hongo firmemente encasquetado, Krupp avanzó deliberadamente entre la multitud de desocupados. No le vitorearon, ya que nunca lo habían hecho con él, pues no era de esa clase de personas. «Cuando se mezcló entre los grupos de trabajadores, nadie se le acercó. Siguió andando con su erguido continente de siempre y su paso rígido.» *(Aufrecht, mit eckigen Bewegungen)* (2).

Algunos se quitaron la gorra, tradicional muestra de respeto, cuando Krupp pasaba por los talleres. Entrando al Hauptverwaltungsgebäude convocó al Vorstand para una reunión de urgencia, e hizo saber la decisión que había tomado. Todos los obreros que hubieran estado empleados el 1 de agosto de 1914, deberían continuar en nómina, a cualquier precio. Los demás, que excedían de los 70.000 hombres, sólo en las fábricas de Essen —la mitad de ellos polacos—, debían marcharse. Hubo un movimiento de inquietud entre los miembros de la junta, y Gustav manifestó que se daba cuenta de que esos hombres constituían una amenaza. En consecuencia, debería dárseles un incentivo para que abandonasen el Ruhr; se anunciaría que a todos los que se marcharan antes del 18 de noviembre, se les darían catorce días de paga y un billete de ferrocarril, sólo de ida (3).

La idea dio resultado. En las notas que hizo publicar Gustav, éste recordaba a los obreros «la tradicional política benéfica de mi firma» comprendidos los subsidios por enfermedad y las pensiones de vejez, sólo eran asignadas a los trabajadores leales; esto tranquilizó a los Kruppianer de la época anterior a la guerra, a quienes se aseguró que conservarían sus puestos. Los trabajadores provisionales, de los días de la contienda, se aplacaron al recibir dinero en efectivo y un billete para ir adonde querían. Muchos de ellos tenían añoranza de sus hogares, y las fotografías tomadas al salir de Essen en los trenes parecen indicar que también se hallaban temerosos. Los andenes de las fábricas estaban atestados de hombres tensos, que usaban rústicas gorras de campesinos y que miraban azorados a las cámaras fotográficas. En la mañana siguiente a la fecha establecida, según las cuentas de la policía de Krupp, 52.000 obreros se habían marchado por tren y otros 18.000 se fueron a pie (4).

Pero seguía sin resolverse el destino de la firma. Gustav se había olvidado de su grito de guerra: «Cuanto mayor sea el enemigo, mayor es el honor», y en dos ocasiones, tres semanas después del gran éxodo, cambió también otros lemas similares. El primero fue inspirado por un cambio que se llevó a cabo dentro de su propia junta de directores. El Vorstand sugirió que se liquidara la firma. Gustav y Bertha hojearon los documentos del abuelo, y advirtieron que las órdenes de Alfred eran

claras. Sus descendientes debían presidir los destinos de la Gusstahlfabrik indefinidamente.

Por lo tanto, el primer lema de la empresa fue: «¡Siempre habrá un imperio de Krupp!» *(Krupp Reich wird ewig bestehen!)*. Aquello era un acierto, y lo mismo hubiera pensado Alfred. Fue seguido de *«Nie wieder Krieg»* (No más guerra). Lo que se necesitaba era algo práctico, y el 6 de diciembre de 1918 Gustav lo consiguió. En los tableros de anuncios de los talleres, en los catálogos y los avisos de los periódicos, Krupp anunció a los alemanes: *«Wir machen alles!»* (5).

Wir machen alles: lo hacemos todo. Y no faltaba mucho para que fuese cierto. Esa misma tarde Gustav inauguró una exposición en el piso del Hauptverwaltungsgebäude, en la que se mostraban diseños de los productos de Krupp relacionados con actividades pacíficas, así como los premios obtenidos con ellos. Por vez primera desde los tiempos de Alfred, la empresa fabricaría troqueladoras de cucharas y tenedores. Se exhibían los planos de una serie de productos importantes, entre ellos máquinas textiles y agrícolas, dragas y grandes cigüeñales. Sin embargo, los demás productos eran en su mayor parte pequeños. Los Kruppianer, que habían dado a Europa los monstruos de cien toneladas con que pulverizaron a Lieja y diezmaron a los parisienses, se dedicarían ahora a hacer cajas registradoras, máquinas de sumar y escribir, motores para bicicletas, cámaras de cine, vajillas, e instrumentos ópticos y quirúrgicos. Lo consideraban como algo humillante, y su patrono, de acuerdo con ellos, echó la culpa de esas tan poco gloriosas actividades a los «criminales de noviembre». Pero en esto Gustav se equivocaba, ya que Schneider, Armstrong y Vickers se aplicaban a las mismas manufacturas. Ese mismo invierno, el Comité Vickers de Productos de Paz se refirió a «los relativos méritos de vender "conejitos para niños (que chillan)", y "conejitos para niñas (que no chillan)"» (6).

Krupp siempre había tenido cierto regusto por lo absurdo y lo fantástico, y ahora lo ponía de manifiesto. Ordenó que se divulgase la lista de productos por los talleres, y ofreció recompensas a quienes sugiriesen otros objetos de posible manufactura. Uno de los veteranos que había vuelto del frente, envió una nota con una sola palabra: *Mandíbulas.* Intrigado, Krupp le hizo llamar. ¿Qué clase de *Kinnbacken* tenía en la cabeza?, le preguntó. El hombre repuso que se había referido a mandíbulas humanas. Hubo un prolongado silencio. Después, Gustav manifestó con aire distante: «Bien, en realidad no lo hacemos todo.» El otro contestó rápidamente que lo que se le había ocurrido era una nueva aplicación para el acero inoxidable V_2A de la empresa. Con él se harían espléndidos dientes postizos, con garantía de que no se oxidaban y que no tenían sabor alguno; pero lo importante era que los proyectiles habían estropeado las mandíbulas de numerosos soldados jóvenes, y podían hacerse piezas para reparar esos destrozos. El Kruppianer ganó un premio. A continuación, Gustav instaló en Essen un hospital especial donde los dentistas y cirujanos de la firma colocaron dentaduras postizas a más de tres mil alemanes que habían sido heridos por proyectiles que llevaban las espoletas patentadas por Krupp (7).

Debido a la situación política, Gustav postergó hasta julio de 1921 el asunto del pago de patentes por parte de Vickers, si bien sintióse tentado de ponerse en contacto con Sheffield bastante antes. Legalmente, pensaba Gustav, los ingleses le debían un cuarto de millón de libras esterlinas, por lo que apremió a Haux para que las cobrase cuanto antes. Convertir los valores en Holanda no era conveniente. El Finanzrat tuvo que confor-

marse con leer las hojas de balance, que mostraban un panorama estremecedor. Al iniciarse la guerra, Krupp tenía 130 millones en números negros; el día en que las chimeneas dejaron de echar humo, había 148 millones en números rojos, y a fines de 1919 la firma llevaba perdidos otros 36 millones. La fabricación de artículos pequeños era un fracaso. Krupp simbolizaba a la industria pesada, y no resultaba fácil dedicarse a producir ciclomotores y máquinas de escribir. La fabricación de puentes de acero resultó un renglón más provechoso, y en junio de 1919 Gustav dio un paso gigantesco al lograr algo que siempre había eludido Alfred: un contrato con los Ferrocarriles del Estado prusiano. Cuatro años de transportar tropas de un lado para otro, habían dejado al material rodante de Alemania en un estado lamentable. Poco después, el siguiente mes de diciembre, Krupp colocó en las vías la primera de las dos mil locomotoras pedidas. Todo Essen asistió a la ceremonia y lanzó una ovación cuando el pequeño Alfried, que contaba ya doce años, subió a la cabina, tiró de la cuerda del silbato y dio un empujón al regulador. Era un buen comienzo. El montaje de vagones de carga había comenzado ya. Sin embargo, pasarían años antes de que esa línea de productos comenzase a rendir beneficios. Mientras tanto, algunos directivos importantes iban abandonando el Hauptverwaltungsgebäude. Rausenburger se retiró porque ya no podía seguir fabricando cañones; Alfred Hugenberg hizo lo propio para unirse al nuevo partido nacional del pueblo (los camisas verdes). La primera oleada de violencia iba acercándose a Essen (8).

El 10 de enero de 1920, el *Diktat* de Versalles, como empezaba a conocerse el Tratado en Alemania, fue ratificado por los alemanes, y el 13 de marzo, a las 5 de la madrugada, un espectro del futuro apareció de pronto. Los derechistas intentaron derribar la república de Weimar, que llevaba instaurada sólo siete meses. El general Walther Freiherr von Lüttwitz, oficial comandante de algunas unidades militares estacionadas en Berlín, se apoderó de la capital y proclamó «canciller imperial» a Friedrich Wolfgang Kapp, un político ultraconservador. Friedrich Ebert, el presidente socialdemócrata, corrió a Dresde y luego a Stuttgart tratando frenéticamente de averiguar dónde se hallaba el ejército. Aunque reducido éste a sólo cien mil hombres, esas tropas eran esenciales, ya que algunos oficiales habían estado distribuyendo armas en secreto a *Freikorps* que surgían por todo el territorio alemán. Dichas bandas se dedicaban a suprimir a los partidos liberales a nivel local. La misión de Ebert se presentaba como poco favorable. Así fue, en efecto. El general Hans von Seeckt, comandante del ejército de Weimar, el truncado Reichswehr, se hizo a un lado y se dispuso a ver cómo caía la república. Pero el SPD disponía de un arma formidable: la huelga general. Desesperado, Ebert no dudó en utilizarla. Ordenó a todos los trabajadores del país que abandonasen sus puestos. Y debe decirse que cuando los alemanes se deciden a obedecer, nadie lo hace como ellos. Al día siguiente no funcionaba un solo grifo, interruptor de luz, llave del gas, tranvía, ni ferrocarril. Al cabo de una semana el *putsch* fracasó y Kapp huyó a Suecia.

Mientras las comunicaciones estuvieron interrumpidas, corrieron rumores de que el golpe de Estado había tenido éxito, y los trabajadores del Ruhr se rebelaron. Según el tratado de Versalles, el Ruhr quedaba fuera de todo límite tanto para los Aliados como para las tropas del Reichswehr. La entidad de izquierdas (pero anticomunistas) Rote Soldatebund (Liga de Soldados Rojos) parecía invencible. Setenta mil hombres al mando de ex suboficiales se apoderaron de un depósito oculto de municiones de Bochum y avanzaron hacia Essen. El 19 de marzo el Soldatebund sostuvo una refriega con la policía local y un *Freikorps*. Murieron

trescientos hombres, ganaron los soldados rojos, y las fábricas de Krupp fueron ocupadas por los insurgentes (*).

En el curso de la semana siguiente, Mülheim, Düsseldorf, Oberhausen, Elberfeld y Kettwig cayeron en poder de los trabajadores. En cada uno de esos lugares se proclamó una república local. Eligiéronse funcionarios públicos, y se apostaron centinelas para evitar el saqueo generalizado. Pero todo fue en vano. Ebert, de vuelta a Berlín, se sintió preocupado por el éxito que habían obtenido los rebeldes. Todos los luchadores callejeros suponían una amenaza para la república, fuesen cuales fueren sus simpatías. En consecuencia, pidió a la Comisión de la Entente que permitiese al Reichswehr ahogar la revuelta. La respuesta fue ambigua (sobre todo porque Francia deseaba un Estado del Rhin independiente, a fin de que actuara como parachoques), pero el 3 de abril el general Von Watter, comandante de las tropas regulares de la Westfalia Renana, invadió el Ruhr, a pesar de todo. La situación quedó decidida en veinticuatro horas. Uno a uno los consejos locales quedaron aislados de los demás y fueron aniquilados. Eran una lucha salvaje, sangrienta, y la última escaramuza tuvo lugar ante un torreón fortificado de ladrillos rojos, que se usaba como depósito de agua, en presencia de numerosos fieles que se dirigían a los oficios del Sábado Santo con sus ropas nuevas y sus hijos que aferraban juguetes de trapo. Dos hermanas que no habían salido de la adolescencia, dejaron a sus padres para actuar como enfermeras. Fueron testigos de las implacables matanzas de trabajadores que habían caído prisioneros, y cuando Walter Duranty —un periodista del *New Yor Times*—, entrevistó a las muchachas, sus abrigos estaban manchados de sangre. La más joven de las dos dijo sollozando: «Creo que debieran colocar a todos los soldados delante de sus ametralladoras, y dispararles hasta que no quedara uno solo.» (9).

Daba la impresión de que el Rhur ya no podía caer más bajo, después que unos tribunales militares, o *Freikorpskämpfer* juzgaron a numerosos miembros del Soldatenbund y los condenaron a ser fusilados. Pero los franceses, que en aquellos días parecían dispuestos a hacer de una situación mala otra mucho peor, tomaron como pretexto la presencia de tropas regulares en la zona neutral. Aún seguían soñando con una república independiente del Rhin —uno de los alemanes partidarios de este plan fue, resulta curioso, Konrad Adenauer, de Colonia—, de modo que también los *poilus* avanzaron hacia el lugar, desplegaron su bandera tricolor y dispararon contra siete jóvenes que protestaban. La operación fue inútil. No ayudó a ningún partido ni al conflicto interno. Si la intervención de Francia tuvo un fin inmediato, éste fue el de hacer recordar quién era el que había ganado la guerra, y el respeto que se debía al vencedor. La única consecuencia definitiva fue una nueva tensión y una mayor tirantez entre el Ruhr y Berlín. Pequeñas cosas como éstas, hicieron que los franceses fuesen recordados (10).

En la noche del 20 de marzo un camión blindado de los trabajadores, debidamente pintado de vivo color rojo, irrumpió en Alfredstrasse, serpenteó por una serie de tranquilas callejas bautizadas con el nombre de otros miembros de la familia del Rey de los Cañones, y se dirigió hacia la silenciosa e imponente mole de Villa Hügel. La servidumbre de la mansión empuñó nerviosamente sus armas. Habían estado esperando que ocurriera eso. Si los bolcheviques rusos asesinaban a los Romanov,

(*) En esa misma fecha, el senado de Estados Unidos rechazó el Tratado de Versalles por segunda vez.

¿qué harían los rojos alemanes a los Krupp? Pero habían juzgado mal a sus visitantes. Karl Dohrmann se adelantó hasta la puerta. De todos los servidores, era él quien sabía más sobre el servicio militar. Pensó que podría tratar con sus antiguos compañeros de armas, y así fue, en efecto. Cuando los armados visitantes manifestaron que no tenían intenciones de hacer daño a nadie, sino que sólo tenían hambre, Dohrmann no mostró sorpresa alguna. Los condujo hasta las cocinas, les entregó todo lo que podían llevarse, y los dejó marchar. Ni siquiera preguntaron por la familia Krupp (11).

De haberlo hecho, sin duda se habrían sentido decepcionados, ya que no había nadie en la casa, con excepción de los criados. Como Bertha se hallaba encinta de su séptimo hijo, y Gustav no quería que se inquietase por los disparos que se dejaran oír, al primer indicio de algaradas —una manifestación ante la fábrica de Rheinhausen—, se dirigió con ella y los niños, en varios automóviles, hasta Sayneck, el antiguo pabellón de caza de Fritz Krupp a orillas del Rhin. Marga no quiso ir allí, puesto que en aquel lugar su marido había hospedado a algunos jovencitos italianos. Durante unos días Marga permaneció en Arnoldhaus, la casa de maternidad de Krupp que recibiera el nombre del fallecido hijo de Bertha; pero en seguida los revoltosos comenzaron a dispararse de una acera a otra, bajo las ventanas de Marga, y ésta, cambiando rápidamente de opinión acerca de Sayneck, atravesó con su habitual desenvoltura las calles, en lo más enconado de la lucha, y fue a reunirse con su hija. Cuando Waldtraut nació, en el mes de agosto, Marga se hallaba junto a Bertha (12).

Gustav no estuvo mucho tiempo en Sayneck. Como diplomático que había sido, prefería guardar las apariencias, y cuanto más desorganizada se volvía Alemania, más hacía él por aparentar que todo marchaba normalmente. Aquella temporada tuvo que esforzarse mucho, en ese aspecto. En primer lugar, le habían calificado oficialmente de criminal de guerra en Versalles. De acuerdo con el Artículo 231 del Tratado, el kaiser, el príncipe heredero Rupprecht, los almirantes Tirpitz y Scheer, Gustav Krupp y los generales Hindenburg, Ludendorff, Mackensen y Kluck, se hallaban entre aquellos cuyas actividades habían contribuido a destrozar Europa. Krupp esperaba que la negativa de Alemania a colaborar contribuyese a liquidar dicho artículo, y tuvo razón; pero otros aspectos desagradables fueron más difíciles de ignorar. La rebelión del Ruhr no era asunto de escasa importancia; creó un incidente internacional considerable, y hasta que la revolución fue desarticulada, uno de los rebeldes se sentó en el sillón del despacho privado de Krupp. (Cuando Gustav regresó el termómetro indicaba más de 21° C. Ordenó entonces que abrieran del todo las ventanas, y se negó a entrar hasta que la temperatura hubo descendido.) Lo último y más desagradable de todo fue el desmantelamiento de las fábricas.

El 20 de mayo de 1920, una Comisión Aliada de Control se instaló en el Essener Hof y luego en el Hauptverwaltungsgebäude. El coronel Leverett, oficial británico al mando del grupo, describió su futura tarea como puramente de supervisión. El desmantelamiento de los talleres de Krupp debería ser llevado a cabo por trabajadores alemanes pagados por Krupp. Leverett esperaba que se dieran prisa, ya que había muchísimo que hacer. Antes de marcharse de allí tenía que ver la Gusstahlfabrik reducida a la mitad de su tamaño. Le habían dado órdenes de destruir cerca de un millón de herramientas, y de que desmontase 9.300 máquinas que pesaban 60.000 toneladas, al tiempo que debía derribar un volumen de edificios de 100.000 yardas cúbicas. Luego el coronel tenía que trasladarse a Kiel, donde «le parecía» que Krupp poseía unos astilleros. Según

le dijeron, se encontraban allí algunas embarcaciones de guerra que deberían ser «hundidas, y todas las quillas demolidas» (13).

El coronel sugirió una demora, ya que antes de desmantelar los talleres, según dijo, debía satisfacer en primer lugar las necesidades del artículo 168 del Tratado. Todo el material de guerra que estuviera disponible debía serle entregado. Sabía precisamente la cantidad que había allí, debido a que el general Charles Nollet, jefe de la comisión militar de control interaliada de Berlín, le había dado una detallada lista de cerca de un millón de artículos reseñados por el servicio de Inteligencia francés, comenzando con 159 cañones de tipo experimental. El Vorstand de Krupp estudió el documento y explicó a Leverett que los franceses habían exagerado la importancia de los parques de artillería alemanes, y de las existencias de municiones; no había tal cantidad de cañones y municiones en el país. El coronel reflexionó sobre el asunto, e improvisó lo que le pareció una brillante solución. Las órdenes eran órdenes, manifestó, y esperaba que todos lo comprendieran. En consecuencia, antes de que los talleres fuesen desmantelados, debían reanudar la producción plena de armas. Así fue como el *Waffenschmiede des Reichs* atronó de nuevo produciendo tonelada tras tonelada de armas, que Leverett envió a Nollet, el cual después procedió a destruirlas (14).

Hecho esto, las fundiciones fueron cerradas y se procedió a desmontar las instalaciones. Fue una tarea muy desagradable. Trabajar bajo el fuerte calor del verano no resultaba placentero, y los obreros no cantaban ya *Siegreich woll'n wir Frankreich schlagen.* En realidad, apenas se hablaban unos a otros. «Todo el mundo puede comprender las consecuencias que la guerra ha tenido para la empresa Krupp, así como para mi esposa y para mí —escribió Krupp, más tarde—. Es bien sabido que ninguna fábrica se vio tan duramente afectada por el Tratado de Versalles como la de Krupp.» Tenía razón, pero como iban a demostrar los acontecimientos, el potencial industrial de la firma quedó escasamente afectado por la ritual demolición de ladrillos y vigas. La tentativa de Versalles de anular el potencial de Krupp fracasó, debido a que la forma de llevarlo a cabo fue ineficaz.

A semejanza de lo que había ocurrido con el Canciller de Hierro medio siglo antes, los firmantes del Tratado se vieron obsesionados por la estrategia militar. Querían proporcionar a Francia una frontera fácil de defender, preferiblemente en el Rin. Lo único que consiguieron fue reforzar el temor de Alemania a verse rodeada. La capacidad productiva del Ruhr quedó intacta, y al cabo de cinco años la producción de carbón y acero alcanzaría de nuevo los niveles de julio de 1914. En realidad, a la larga Krupp se benefició con la destrucción del equipo fabril anticuado. A diferencia de los armeros de las potencias triunfantes, Krupp llegaría al momento crucial de 1930 con modernas instalaciones y técnicas (15).

De todos modos, la operación del coronel Leverett resultaba humillante para Gustav, el cual se negó a observar cómo se llevaba a cabo. En lugar de esto se dirigió hacia la Selva Negra durante el último mes del embarazo de Bertha, a fin de asistir a la reapertura del elegante hipódromo de Baden-Baden. La joven Sigrid Schultz, entonces corresponsal ayudante del *Tribune,* de Chicago, recuerda que Gustav la acompañó galantemente, le envió grandes ramos de rosas y le recordó orgullosamente su origen americano. Durante la última noche de la temporada organizó Krupp una cena de gala para los personajes eminentes que asistían al acontecimiento. Nada se escatimó para crear la ilusión de que no había habido guerra, derrota ni humillación. Miss Schultz se preguntó por qué los cubiertos no eran de plata. Pensando que estarían hechos con alguna nueva e interesante aleación, los examinó con cuidado y vio

que eran de oro macizo. Gustav había ordenado que los enviaran desde Villa Hügel especialmente (16).

Al terminar el verano la familia siguió evitando Essen; el desmantelamiento aún proseguía. Apenas habían estado en la antigua propiedad que el difunto archiduque poseyera en Austria, y Bertha tuvo curiosidad por conocerla. De modo que en cuanto Bertha estuvo en condiciones de viajar, Gustav se la llevó a Blühnbach. Ya eran una familia extensa: Alfried, de trece años; Claus, de diez; Irmgard, de ocho; Berthold, de seis; Harald, de cuatro, y la pequeña Waldtraut. Con el nacimiento de Eckbert, dos años más tarde, la nueva generación quedaría completa. Era inevitable que la niñez de aquellos pequeños fuese anormal; desde su nacimiento se les recordaba la posición especial que ocupaban en Alemania. Durante el bautizo de Berthold, seis años antes, Ernst Haux había escrito orgullosamente: «Al kaiser, al Consejo Privado *(Geheimrat)*, y a este humilde servidor *(meine Wenigkeit)*, se nos pidió que fuéramos padrinos.» Ser designado padrino de un hijo de Krupp era un verdadero honor, y los niños lo sabían porque Bertha se encargaba de que no lo olvidaran. En otros aspectos reflejaban las excentricidades de su padre. La familia del *Prinzgemahl* se hallaba obsesionada con el protocolo. Todo el mundo sabía el lugar que debía ocupar en la casa (17).

Por otra parte, Alfried parecía ser a veces el único hijo. Fue educado por preceptores especiales, se le permitió cenar con sus padres, y le llevaron a varias giras por las minas del Ruhr, así como al Haptverwaltungsgebäude para unas sesiones semanales de instrucción. Aunque podía ayudar a su hermano Claus a construir modelos de aviones Fokker, e ir a patinar con el joven Fritz von Bülow, los demás niños no debían olvidar que se hallaban en presencia del heredero de Krupp. De vez en cuando Alfried salía de su espléndido aislamiento. Cuando Gustav le libró de sus preceptores y le permitió asistir al *Realgymnasium* de Bredeney, el muchacho integró el equipo de remo. Gustav regaló al establecimiento un bote nuevo, y a nadie sorprendió que el entrenador diera a Alfried el puesto de honor en la tripulación de la barca. Los demás compañeros, envidiosos y resentidos por aquel trato, se burlaban de él cuando los profesores no estaban, gritándole: «*Na, Krupp, alter Junge, was tut man wohl augenblicklich auf deinem Schutthaufen?*» (Bueno, Krupp, viejo amigo, ¿qué están haciéndole a tu montón de chatarra, en estos días?) Era un adolescente sin amigos. En una ocasión siguió a un grupo de muchachos a una taberna, y dentro del establecimiento, Alfried permaneció sin decir una palabra. El propietario del lugar le dijo suavemente: «*Sie müssen nicht immer so ernst sein.*» (No debieras estar siempre tan serio.) Alfried se sonrojó y dio un respingo. El hombre no sabía que estar serio era la perpetua obligación del muchacho. Cuando su padre le colocó como aprendiz en los talleres, Alfried se trasladaba en motocicleta entre Hügel y la fábrica. Un día en que la motocicleta se descompuso, Gustav hizo colocar el nombre de su hijo en las listas de trabajadores que habían llegado retrasados (18).

Para Berthold y Harald, sus dos hermanos mayores eran, según las palabras de Harald, como «dioses». La deidad de Alfried le había sido conferida; Claus se la creaba él mismo. Robusto y extrovertido, Claus dominaba a sus hermanos más jóvenes, y por ser de más edad había sido capaz de comprender la guerra. Su ídolo era el barón Manfred von Richthofen, y aunque los aeroplanos eran sólo un pasatiempo de modelismo para los muchachos, en aquella época, Claus soñaba algún día con pilotar aparatos para Alemania. Irmgard, tímida y sencilla, era ignorada por los muchachos. Waldtraut creció convirtiéndose en una muchacha bonita y graciosa. Eckbert era tan joven, en relación a sus hermanos,

que pasaba inadvertido, lo mismo que Irmgard. De este modo los chicos se daban cuenta de las distinciones jerárquicas que había entre ellos. En ciertos aspectos, no obstante, se hallaban de acuerdo. Todos ellos aborrecían a Villa Hügel. Allí sus padres se ocupaban siempre de celebrar fiestas de gala y banquetes, y en tales ocasiones se esperaba de ellos que se comportasen como muñecos. Resultaba casi imposible eludir el sistema de espionaje de la servidumbre. El único recurso de que disponían era esconderse detrás de la gran escalera de roble tallado, cuando un visitante distinguido se presentaba en la mansión, para observarle cuando cruzaba el salón principal, que medía un centenar de pies. En el extremo más alejado, junto a cinco espléndidos candelabros, Gustav y Bertha se hallaban esperando. Los pequeños siempre tenían la esperanza de que alguno de los personajes resbalase en el encerado piso, pero eso nunca ocurrió. Su conducta era descubierta siempre a Gustav, el cual les castigaba. Entre ellos llamaban a Hügel «la tumba» (19).

Blühnbach, en cambio, era «el paraíso». El castillo, de cuatro pisos y cubierto de hiedra, era lujoso y atrayente; *wollüstig,* como dicen los austríacos. Por los suelos había pieles de tigre, cornamentas de ciervo en las paredes, y desde el techo, diminutos cañones apuntaban en todas direcciones. Esos detalles, característicos de la época del kaiser, atraían enormemente a las juveniles imaginaciones de los pequeños. Pero lo que más les gustaba era que en Blühnbach tenían a sus padres exclusivamente para ellos. No había protocolo de banquetes, no necesitaban ponerse ropas almidonadas, ni actuar como títeres. Los Alpes austríacos resultaban inaccesibles en su lejanía. En cuanto al castillo, cuando el visitante llegaba a la puerta exterior principal, aún debía recorrer un largo camino hasta llegar a la mansión. En cierta oportunidad, años más tarde, Berthold estaba enseñando los trofeos de caza a un escritor norteamericano. Al observar desde un balcón de piedra más allá de los densos bosques de coníferas, hacia los escarpados montes de cima nevada, el periodista preguntó lleno de curiosidad:

—¿Hasta dónde llega esta propiedad?

—¿Ve usted aquellas montañas? —dijo Berthold, señalando hacia una borrosa línea azulina cercana al horizonte.

—¿Hasta allí? —volvió a inquirir el periodista, lleno de asombro.

—No —repuso Berthold—. Hasta las montañas que se ven detrás (20).

Los Krupp seguían viviendo del mismo modo que antes de la guerra, y toda señal exterior sugería una asombrosa recuperación desde la época de la contienda. El número de Kruppianer aumentaba todos los meses, hasta que el primero de julio de 1921 la nómina de la Gusstahlfabrik era más amplia que la de comienzos de 1914. Durante el invierno de 1920-1921, Gustav adquirió cinco acres destinados a instalar la nueva fábrica de Merseburg, en las proximidades de las mejores minas de lignito de Alemania, y compró también cierto número de minas que proporcionaban a la empresa una reserva de carbón de diez millones de toneladas. Esta expansión resulta bastante misteriosa. ¿De dónde procedía el crédito para esas compras? De las ventas no podía ser, ya que la nueva línea de productos sólo iba defendiéndose, y aunque las locomotoras de Krupp eran muy conocidas, la insistencia de Gustav para lograr una calidad superior limitaba la producción a tres centenares al año, y obligaba a rechazar pedidos de Brasil, Rumania, Sudáfrica y la India. Logró ciertas sumas cerrando Annen y liquidando el Bayrische Geschützwerke, una pequeña sucursal de Munich, pero eso era a todas luces insuficiente para mantener en activo las máquinas de Essen, cuanto más las de Rheinhausen, Magdeburgo, Hamm y Kiel.

Lo cierto es que la prosperidad de Krupp era aparente en buena

parte. Durante los tres años que siguieron al armisticio, Gustav gastó más dinero del que ganó. Eso hubiera significado la ruina para la gran mayoría de las empresas industriales del mundo. Un indicio del modo en que Krupp fingía la situación, puede apreciarse en una afirmación que hizo a sus directores. Les dijo que un oficial del ejército alemán le había transmitido estas palabras que oyó a Lenin: «Debemos convertir la estepa en una fábrica de pan, y Krupp tiene que ayudarnos.» En consecuencia, Krupp envió su maquinaria para que arasen 62.500 acres entre Rostov y Astracán, en las proximidades del río Manytch. Pero Gustav, que aún seguía luchando con su pequeña granja de la frontera holandesa, era la última persona que podía transformar cualquier cosa en una fábrica de pan, y Tilo von Wilmowsky, verdadero perito agrícola, comprendió que la tentativa «ofrecía pocas esperanzas desde el comienzo». A pesar de todo, Tilo convino en que podía intentarse el asunto. Según recordaba más tarde:

> «Inmediatamente después del Tratado de Rapallo, Rathenau, que era ministro de Asuntos Exteriores en aquella época, y uno de los hombres más astutos e instruidos que yo he conocido en el mundo de los negocios, exhortó a mi cuñado a que aceptase una gran concesión en Rusia, como para demostrar que los intereses comerciales alemanes estaban dispuestos a colaborar prácticamente en el logro de los fines del tratado. Fue muy propio de Bohlen el que consintiera inmediatamente, aunque era evidente que la firma —entonces luchando con denuedo por la supervivencia—, no podía obtener provecho de la transacción.» [*dass dabei von Rentabilität für die im schwersten Existenzkampf stehende Firma keine Rede sein konte.*] (21).

Resulta significativo que el único director que comprendiera los motivos de Gustav fuese Otto Wiedfelt, quien más tarde fue embajador de Weimar en Washington. Walther Rathenau, con su firma del Tratado de Rapallo, llevó a cabo uno de los actos políticos más discutidos de la época. Además de ser un extenso acuerdo comercial, el pacto daba a la Unión Soviética su primer reconocimiento importante *de jure*, y cancelaba todas las reclamaciones de guerra entre los dos países. Los demás deudores de la Unión Soviética, en número de treinta y cuatro, se sintieron alarmados —consideraban los lazos entre Moscú y Berlín como una amenaza—, y los poderosos derechistas alemanes no disimularon su ira. El 24 de junio Rathenau fue muerto en la calle; era el tercer elemento moderado de Weimar que asesinaban aquel año.

El acuerdo ruso-Krupp siguió adelante sin él. Entre otras cosas, la URSS fue el único país extranjero que recibió locomotoras de Essen. Históricamente la empresa siempre se había vuelto hacia el Este cuando el Oeste no resultaba acogedor, y aquel convenio presentaba dos evidentes ventajas: complacía a Berlín, y fue aprobado por el general Von Seeckt, el cual estaba estableciendo sus propios acuerdos privados con los rusos. Como los soviéticos no habían firmado el Tratado de Versalles, no estaban obligados a respetarlo, y específicamente nada les impedía favorecer el rearme secreto alemán. En consecuencia, el dinero que Krupp despilfarró con el proyecto Manytch fue muy bien empleado. El destino de la Casa de Krupp seguía el mismo rumbo que el de Alemania. La firma sólo podía prosperar si la nación, y especialmente el ejército de ésta, aumentaba su potencial. Si subía al poder un Gobierno fuerte y agresivo, todo lo demás vendría por añadidura. El actual Gobierno no era nada de eso, pero algunos de sus componentes tenían ambiciones. Mientras

Krupp siguiera colaborando con ellos, no permitirían que la Gran Casa se viniera abajo. Y cuando ellos se hicieran con el mando, la dinastía de Essen avanzaría hacia la gloria junto con ellos.

En Occidente, el pacto de Rapallo fue considerado como el hijo ilegítimo de lo que había comenzado como una conferencia respetable en Génova, donde un congreso internacional se reunió para tratar los problemas generales de Rusia y de la deuda alemana. Como encontraran hostilidad y poco sentido realista por parte de los demás delegados, los diplomáticos soviéticos abandonaron el lugar de conferencias e hicieron su propio trato. Los franceses se mostraron furiosos, y cuando los alemanes solicitaron una prórroga en los pagos de guerra, el vengativo jefe de Gobierno Poincaré decidió ocupar el Ruhr. El 10 de enero de 1923 avanzaron las tropas francesas. Los belgas se les unieron, y un Gobierno militar fue establecido por una Misión Interaliada de Control de Fábricas y Minas (Micum). La proclamación de la ley marcial por parte de este organismo fue seguida por la censura de la Prensa en la zona, así como por la confiscación de la propiedad privada y la expulsión de 147.000 personas. Los italianos no quisieron participar en este asunto. Los ingleses, por su parte, llegaron aún más lejos, y en una dura nota protestaron por la acción francobelga, que «no era una sanción autorizada por el Tratado». En realidad, era una medida extraordinaria, algo que nadie pensaba que pudiese ocurrir en Europa en tiempos de paz.

A pesar del trágico curso de los acontecimientos ocurridos desde entonces, para los Kruppianer que recuerdan esa época, «la invasión» aún sigue significando la ocupación de 1923. Los invasores cercaron una zona de sólo sesenta millas de largo por veintiocho de ancho, pero debido a la intensa concentración de la industria alemana en aquella comarca, los *poilus* se apoderaron del 85 por ciento del carbón del país, del 80 por ciento de la producción de hierro, y del 70 por ciento de las mercancías vendibles. Aunque estaba al corriente de esto, Weimar se dio cuenta de que toda aquella riqueza resultaría inútil para París y Bruselas, a menos que los habitantes de la región estuviesen dispuestos a colaborar. En consecuencia, el Gobierno alemán procuró organizar la resistencia pasiva. Los franceses y belgas replicaron declarando al Ruhr en estado de sitio (22).

El 9 de enero, dos días antes de que las primeras tropas uniformadas de azul claro entraran en Essen, Gustav dio órdenes a sus trabajadores de que permanecieran en calma. Durante dos meses obedecieron. La resistencia, aunque existía, permanecía sumisa. Pero diariamente aumentaba la inquietud entre los hombres. La forma con que los invasores amenazaban estrangular la economía alemana, comenzó a ponerse en evidencia de mil pequeñas formas, y de una muy visible, que los trabajadores entendían bien. La inflación estaba haciendo descender el marco a una velocidad estremecedora. Si las cosas seguían así, los sueldos, ahorros y pensiones no tendrían ningún valor al cabo de un año. Los Kruppianer llamaban a la ocupación militar «*die Bajonette*», la bayoneta.

Parecían tener ya deseos de rebelarse, y cuando se acercó la fecha de Semana Santa, con sus recuerdos de violencia, dos años antes, los obreros y administradores llegaron a un acuerdo tácito. En todos los talleres colgaban cuerdas de sirenas que cualquiera podía hacer sonar en caso de grave accidente, como el estallido de un horno, por ejemplo. Se convino entonces que si los soldados *französische* intentaban entrar en las fábricas, sonaría la alarma. Nadie planeó nada más allá de esta

medida. Consideraron que una exhibición de fuerza por parte de los trabajadores alemanes intimidaría a los franceses (23).

A las siete de la mañana del Sábado Santo, 31 de marzo de ese año, cierto teniente Durieux, del 160.° regimiento francés de infantería, apareció en Altendorferstrasse con once soldados y una ametralladora. Llegaban para hacer un inventario de los vehículos del *zentrale Garage* de Krupp, situado directamente en frente del Hauptverwaltungsgebäude. El teniente no estaba autorizado para confiscar ningún vehículo, y Krupp lo sabía. El día anterior el cuartel general francés de Düsseldorff le había telefoneado explicándole el propósito de la patrulla. Pero Gustav no habló de eso a su gente. Tal vez su situación doméstica fue la causa de ese silencio. Villa Hügel se hallaba, en la parte de los invitados de honor, ocupada por un general francés y su Estado Mayor. Cuarenta años más tarde Alfried recordaría aquello como la situación más amarga de su juventud. Era evidente que eso había contribuido a alterar los ánimos de la familia. Verdad es que nadie hablaba a los indeseables invitados, pero eso no impedía que el general diera órdenes a los criados, entre las que figuraban el cerrar las ventanas y encender la calefacción. Gustav abandonaba el castillo sudando todas las mañanas, y llegaba a su despacho iracundo. Decidió no hacer caso de los mensajes procedentes de Düsseldorf, aunque si se olvidó de este último mensaje, o lo ignoró deliberadamente no tiene demasiada importancia. Desde el primer día la matanza fue inevitable, y si Gustav Krupp tuvo que culparse de lo que siguió, lo mismo debió ocurrirle a Raymond Poincaré, *un imbécile malgré lui,* en esa ocasión (24)

El teniente Durieux, hombre que iba a aparecer muy brevemente en el mismo centro del escenario europeo, tuvo dificultades para llegar hasta el *zentrale Garage*. El superintendente se presentó con dos horas de retraso —resulta inconcebible tratándose de un empleado de Krupp, pero así fue—. A las nueve apareció el hombre, echó al quepis una mirada torva, abrió la puerta y dejó entrar a la patrulla. Inmediatamente comenzó a sonar la sirena del departamento de incendios vecino. Durieux, al ver salir los coches rojos, pensó lógicamente que había un incendio en alguna parte. Pero en seguida se puso a sonar también la sirena del Hauptverwaltungsgebäude. Al cabo de cinco minutos se les unieron más de quinientas sirenas. Asombrado, el joven oficial francés buscó al superintendente y le preguntó qué significaba aquel horroroso concierto. «Dejar el trabajo», repuso el hombre. Durieux corrió hacia la puerta y pudo comprobar, en efecto, que toda Altendorferstrasse, hasta donde llegaba a ver, era una compacta masa de gorras de trabajadores que avanzaban. En el juicio que siguió, el oficial estimó la multitud en unas treinta mil personas, y ningún alemán le acusó de exagerar el número (25).

Mientras tanto, ¿qué era de Gustav? Se hallaba en situación de intervenir —el mirador de su despacho dominaba toda la escena—, pero a pesar de ello no hizo nada. Alegar que no se dio cuenta resultaba absurdo, ya que poseía rápidas conexiones telefónicas con todos los capataces de los talleres. Además, se sabe que usó el teléfono para llamar al garaje principal, donde preguntó si su lujoso automóvil había resultado dañado durante la refriega, para pedir luego al encargado que tuviese buen cuidado con el coche. Por increíble que parezca, ésa fue su única orden mientras continuaban sonando las sirenas. Estas siguieron atronando el espacio durante hora y media. En ese período el teniente llegó a la conclusión de que su situación era precaria. Al fin y al cabo, sólo contaba con una docena escasa de hombres. En cualquier momento aquel enorme grupo de obreros llenos de grasa podían caer sobre ellos por la espalda. Por consiguiente se retiraron a otro garaje más pequeño, situado frente

a la sección de bomberos. Hizo colocar la ametralladora en la entrada, y la apuntó hacia la muchedumbre, que retrocedió un poco. La posición de Durieux contenía un fatal peligro, sin embargo. El edificio estaba equipado con válvulas de vapor para la limpieza de máquinas, y el control de aquéllas estaba en el techo. (Cinco días más tarde, un director de Krupp manifesto a un grupo de corresponsales extranjeros que no había tales válvulas, pero según recuerda uno de los Kruppianer que sobreviven, el funcionario les enseñó el otro, *zentrale Garage.*)

Mientras siguieron funcionando las sirenas, la multitud permaneció quieta, como hipnotizada. De vez en cuando oscilaba una cabeza, o un rostro manchado de hollín observaba por encima del hombro; por lo demás, nadie se movía. Y de pronto, al llegar las 10,30, el aullido estridente cesó. Era la señal. La fila delantera comenzó a avanzar lentamente. No está muy claro lo que ocurrió en los treinta minutos siguientes. Algunos de los hombres de Durieux afirman que los obreros empezaron a arrojarles piedras y trozos de carbón, e incluso que vieron a dos trabajadores empuñando revólveres. Si hubo pistolas, el teniente no las vio, como tampoco notó que le tirasen objeto alguno; sólo se dio cuenta de que el vapor comenzaba a surgir sibilante. Dos Kruppianer habían subido al techo y abrieron totalmente las válvulas, con lo que empezó a inundarse el edificio con una densa neblina. Durieux, medio cegado por el vapor, ordenó a los soldados que disparasen una ráfaga de ametralladora sobre las cabezas de la multitud. Y o bien los obreros estaban demasiado excitados para dejarse intimidar, o, lo que resulta más probable, los de las primeras filas fueron empujados por los de atrás; el caso es que se aproximaron más a los soldados, y esta vez, cuando eran las once de la mañana, el teniente dijo a sus hombres que apuntaran a los trabajadores. Esperó un momento, y pareciéndole que no había otra solución, ordenó: «*Commencez le feu!*»

El tableteo de la ametralladora se oyó por todas partes. La edición siguiente del *New York Times* traía en una página el titular «LOS FRANCESES MATAN A SEIS HOMBRES Y HIEREN A OTROS TREINTA, EN KRUPP» (26).

Pero fue algo peor que eso. Cuando los Kruppianer pertenecientes a la Cruz Roja alemana avanzaron por la tierra de nadie, entre la ametralladora y los demás obreros que se batían en retirada —operación de salvamento que requirió un valor especial, ya que no llevaban brazaletes con los distintivos—, Altendorferstrasse era un caos de humo, vapor y sangre. Se notaba que los soldados habían disparado sobre los órganos vitales, y a la distancia en que se hallaban no podían fallar. Según manifestó el primer médico de la empresa que examinó a las víctimas, la proximidad de éstas a la ametralladora les causó «terribles heridas abiertas». En total hubo trece muertos, incluso cinco aprendices de menos de veinte años, y cincuenta y dos heridos (27).

Toda Alemania se sintió ultrajada. «Muchos corazones sangraron al enterarse de aquella carnicería», dijo el antiguo canciller, Karl Josef Wirth, en tanto que el SPD lanzaba una proclama anunciando «la sangrienta Semana Santa del Ruhr». El general francés que se alojaba en Villa Hügel ordenó que se presentasen algunos carros de asalto y un batallón de ametralladoras desde Düsseldorf, pues esperaba que se produjeran represalias. Esa misma tarde un motociclista belga, un agente de la policía francesa, y dos ingenieros de esta misma nacionalidad, fueron atados y golpeados, despojándoles de lo que llevaban encima. Un grupo de saboteadores volaron un puente en Essen, y en la vecina Mülheim, miembros del Rote Soldatenbund invadieron la Alcaldía y la retuvieron durante cuarenta y ocho horas. En Düsseldorf lanzaron granadas de mano a los

soldados franceses, en tanto que un *poilu* que estaba de centinela en la Hauptbahnhof de Essen era asesinado por un hombre que se hallaba oculto en el pozo de un ventilador. El centinela muerto no recibió muestra alguna de simpatía en los demás países, pues la matanza de Altendorferstrasse había predispuesto los ánimos contra los franceses. Los artículos de fondo de los periódicos de Francia no comentaron nada, y la Prensa inglesa y norteamericana sintióse casi tan indignada como la de Alemania. *Nation* calificó al acto de «salvajismo», y declaró que «un puñado de soldados franceses perdieron la cabeza en Essen y asesinaron a once [sic] trabajadores en las fábricas de Krupp, sin que un solo pelo de sus cabezas les hubiera sido tocado o amenazado». El *Spectator* advirtió: «Esta es la forma de aumentar la resistencia de Alemania, no de retenerla.» (28).

Para entonces, hasta el mismo Poincaré debió de comprender eso. Al menos, el general que se alojaba en Hügel se dio cuenta y anunció que sus tropas se retirarían de Essen durante el entierro de las víctimas. París se mantuvo implacable, sin embargo, y ordenó que se informase a Essen que, puesto que el asesino del centinela no había sido descubierto, la ciudad fuese multada con cien mil marcos. Para los alemanes, el castigo era sólo un clavo más en su cruz. Un caricaturista de un periódico de Berlín dibujó a Poincaré ante una mesa, con cuchillo y tenedor en las manos, tratando de comerse a un chiquillo lisiado que llevaba dibujada la leyenda «Krupp». Delegaciones de todas partes llegaban a Essen para los funerales, pero éstos tuvieron que postergarse diez días mientras nacionalistas, comunistas, socialistas, católicos, protestantes y hasta librepensadores y cristianos científicos se disputaban los lugares de honor durante los oficios religiosos. Al fin, Gustav los echó a todos a un lado. Declaró que los trabajadores habían muerto por *die Firma*, y, en consecuencia, *él* sería quien encabezara el duelo. No obstante, se permitiría que las delegaciones que habían llegado a Essen integraran el cortejo. Como consecuencia de la indignación que imperaba en el país, ya se aguardaba un espectáculo memorable. Krupp había estudiado protocolo y ceremonias en su juventud, y decidió preparar a las trece víctimas un entierro con todo boato; la ceremonia, en efecto, eclipsó a todo lo que se había visto hasta entonces en el Ruhr, incluyendo los entierros de Alfred y Fritz (29).

En realidad, fueron unas exequias nacionales. Una hora después del amanecer del 10 de abril, las banderas de toda Alemania quedaron a media asta, y las campanas comenzaron a doblar en todas las poblaciones. El Reichstag se reunió para orar por los trabajadores muertos. En Essen, unos Kruppianer provistos de brazaletes blancos dirigían el tránsito, mientras trescientas mil personas cubrían el camino de cuatro millas que iba desde la puerta número 28 al cementerio de Ehrenfried —reservado para los habitantes de Essen que morían realizando actos de heroísmo—, donde trece tumbas se hallaban ya preparadas. En el gran salón de mármol que daba acceso al Hauptverwaltungsgebäude, los trece ataúdes estaban alineados en fila, envueltos con los colores rojo, blanco y negro de la bandera alemana de entonces, y escoltados por un obispo católico y un pastor protestante. En la galería superior, los quinientos hombres del coro de la firma estaban divididos en dos grupos; la mitad de ellos entonaban una misa católica y la otra mitad un himno religioso protestante. La imponente escena estaba iluminada únicamente con candelabros, y cuando ambos coros unieron sus voces para decir amén, Gustav se adelantó para pronunciar unas palabras. Era incapaz de decir una oración conmovedora, pero la magia de su nombre y el drama creado eran sufi-

cientes. Cuando cruzó el salón para abrazar a las viudas de los mártires, y a sus hijos, fueron muchos los que sollozaron convulsivamente (30).

Ya en el exterior se formó el cortejo, que integraban cuatrocientas banderas alemanas, en primer lugar; seguían los ataúdes, detrás de los cuales avanzaba Gustav, con la cabeza inclinada y sin más compañía; venían luego los parientes de las víctimas, y después cuarenta delegaciones que llevaban bandas negras sobre el pecho, y que encabezaban los Kumpel con su tradicional atuendo y las lámparas encendidas. Los mineros se hallaban presentes porque uno de los muertos era un Kumpel —nadie preguntó por qué no estaba en la mina la mañana de la matanza—, pero la mayor parte de las demás personas asistentes al entierro ni siquiera eran del Ruhr. Se trataba de gentes procedentes de Baviera, Silesia, Sajonia, Pomerania, Württemberg y Prusia oriental, que representaban a todas las clases económicas de Alemania y a toda la escala política. Ante las tumbas, el obispo abrió ampliamente los brazos y dijo en voz alta una sola palabra: «*Totschlagen!*» («¡Asesinato!»). Entonces las profundas pasiones del desaparecido Reich parecieron encenderse de nuevo en el largo y pesado silencio. Este se vio interrumpido por el rumor de un avión que se acercaba. Aunque la infantería francesa no estaba presente, un aviador estuvo observando el cortejo desde el aire, ya cuando partieron de Nieuport, y eligió ese momento para sobrevolar el cementerio. El biplano pasó rugiendo sobre las cabezas, poco más alto que las copas de los árboles. Los *Bajonette* aún seguían haciendo lo posible por mantener abierta la herida (31).

El triunfo del espectáculo funerario de Krupp pareció desencadenar un alud. Los disconformes con la matanza no desaprovecharon la oportunidad para demostrar sus sentimientos. Así, un joven teniente francés, llamado Etienne Bach, salió de entre las filas de los comulgantes de una iglesia de Essen, después de la Santa Comunión, y pidió perdón a sus correligionarios alemanes, con voz transida por el dolor. Luego se despojó simbólicamente de su uniforme. Los superiores de Bach actuaron a la inversa. Estaban decididos a humillar a Krupp, el cual, durante las tres semanas siguientes fue interrogado por oficiales franceses, y cuando salió hacia Berlín, a fines de ese mes, para asistir con dos de sus directores a un consejo privado prusiano, se dio la orden de que detuvieran a los tres hombres, a los que se acusó de «incitar el desorden» durante la fecha del Sábado Santo. La forma de hacer todo esto permite deducir que los franceses sólo pretendían hacer un gesto simbólico, pues sabían que Krupp no iba a permanecer en el Ruhr.

Al marcharse, le podían tildar de fugitivo y cobarde. En realidad, algunas preguntas que le hicieron cuando regresó, el día 1 de mayo siguiente, indican que le habían señalado como cabeza de turco. Durante el tercer día del proceso, un oficial francés le preguntó la razón de que hubiese vuelto, cuando sus acompañantes seguían en la capital. ¿No se daba cuenta de que le esperaba la cárcel? Gustav asintió brevemente y repuso: «Mi ausencia podría interpretarse como que culpaba a mis directores, o como prueba de un convencimiento de culpabilidad por mi propia parte.» Entonces inquirieron la razón de que no se hubieran presentado los otros dos, acompañándole a él. Según el diario de sesiones, Gustav repuso: «Estoy dispuesto a ir yo mismo a la cárcel, aun sabiendo que soy inocente. ¡Pero no pido a los demás que hagan eso!» *(Von anderen Herren verlange ich das nicht!)* (32).

Es muy posible que hubiera pedido a sus directores que no le acompañasen. El ver solamente en el estrado a Krupp era para la gente más

sencillo de comprender. Los funerales del 10 de abril enseñaron a Gustav el poder que puede ejercer el martirio, y desde la sesión inicial del juicio celebrado en Werden, justamente frente a Villa Hügel, al otro lado del río Ruhr, no cesó de adoptar ese papel. Lo hizo con notable destreza, pues el hombrecillo encorsetado era un diestro táctico. Debemos añadir que sus antagonistas eran extremadamente necios. Describieron el juicio como militar, y los titulares de los periódicos alemanes inmediatamente vociferaron: «KRUPP VOR DEM FRANZÖSISCHEN KRIEGSGERICHT!» («¡Krupp ante una corte marcial francesa!») Como es natural, todos los alemanes se pusieron de su parte. La acusación trató de reparar su error, asegurando que se les habían proporcionado datos erróneos acerca de los sucesos. En realidad, el oficial que hizo la alocución final al tribunal, cierto capitán Duvert, ni siquiera sabía cuántos *poilus* había en el garaje. Aunque a los periódicos alemanes no se les permitió el acceso a la sala del tribunal, el *Figaro* informó acerca de las conclusiones de Duvert: «¡Imagínense a los directores, a los grandes dirigentes de los inmensos talleres Krupp, permaneciendo impasibles en sus despachos, cuando la turba instigada por ellos amenazó con aniquilar a diez pobres soldados franceses! Imaginen cuáles serían sus sonrisas mientras observaban el espectáculo desde las ventanas de sus oficinas —esa misma sonrisa que tenían durante la guerra—; ¡sus generales sonreían del mismo modo cuando las tropas alemanas quemaron los pueblos franceses y ametrallaron a sus habitantes» ((33).

El tribunal condenó al tan poco sonriente Krupp a pagar cien millones de marcos y le sentenció a quince años de cárcel. «De un veredicto como éste —tronó el *Berliner Tageblatt*—, sólo tenemos un paralelo en el caso Dreyfus... Los que fueron testigos de las sesiones del martes, debieron de salir con la impresión de que el objetivo del proceso no era hacer justicia, sino destruir sencillamente a un enemigo, aplastar un obstáculo en el camino de la ambición francesa.»

El 9 de mayo, Krupp fue trasladado a la prisión de Düsseldorf fuertemente escoltado, y los saboteadores alemanes protestaron volando los cuarteles franceses de Dortmund. (A su vez, los franceses replicaron deteniendo al jefe de la policía local alemana.) No obstante, la vida de Gustav en la cárcel no fue tan dura como se cree generalmente. La prisión estaba dirigida por alemanes, y su celda era el doble de grande que cualquier otra del edificio.

Bernhard Menne, un periodista de Düsseldorf que había sido apresado por pronunciar discursos francófilos, advirtió que el director de la prisión daba al eminente recluso de Essen plena libertad para pasear por el patio. La puerta de Krupp jamás estaba cerrada, y todos los días se presentaba una comisión de la Cruz Roja para llevarle paquetes, ante la irritación de los demás presos, que no recibían nada. Incluso le permitían recibir visitas, aunque los franceses lo habían prohibido expresamente. Tilo von Wilmowsky fue a visitar a un amigo inglés que vivía en Colonia, y adquirió unos pasaportes ingleses falsificados para él y Bertha. Cuando su esposa entró en la celda, Gustav se puso en pie, y dijo sonriendo: «*Nicht wahr, jetzt darf ich mich doch wirklich mit Recht einem Kruppianer nennen.*» («Bueno, ahora creo que tengo perfecto derecho a llamarme Kruppianer, ¿no es cierto?») (34).

Así era, en efecto. *Der Grosse* Alfred no lo hubiera hecho mejor. Tampoco pudo elegir Gustav mejor época para que le pusieran entre rejas. Afuera una inflación desbordante estaba destrozando el país. En junio, el marco bajó a 100.000 por cada dólar, en julio a 200.000, y en agosto se precipitó a 5.000.000 por dólar. El 23 de octubre, día del derrumbe final, con un billete de un dólar podían comprarse 40 millones de marcos

en los Bancos, y 60 millones en el mercado negro. Tilo, que dirigía la firma mientras su cuñado estaba tendido en su celda saboreando dulces de la Cruz Roja, pagaba a sus trabajadores en días alternos, y los obreros necesitaban llevar una carretilla llena de billetes para poder adquirir una pieza de pan. El 10 de junio, y con el permiso del Gobierno, el barón comenzó a entregar Kruppmarks, billetes cuyo valor oscilaba entre 100 y 200 millones de marcos. El aspecto de estos billetes era más impresionante que el de los del Gobierno, y en las tiendas de Krupp valían mucho más. Emisiones posteriores aparecieron el 10 de julio, el 14 de agosto, el 5 de setiembre y el 31 de diciembre. Por entonces era el único dinero que valía algo en el Ruhr. Esto no era un inconveniente para los Kruppianer que vivían al día, pero resultaba desastroso para los que tenían su dinero ligado a los planes de jubilación de la empresa, planes que quedaron paralizados. El golpe más rudo cayó sobre un puñado de fieles trabajadores que se habían convertido en accionistas de Krupp. El año anterior, Gustav, que andaba en busca de dinero efectivo, ofreció cien mil de las acciones de Bertha a sus empleados. Unos treinta hombres compraron las acciones con sus ahorros. Cuando el marco empezó a descender, Gustav volvió a adquirir las acciones con un dinero que ahora no valía nada. El descontento pudo cundir rápidamente entre los afectados, si Krupp hubiera seguido en su puesto, pero como víctima nacional que era, permaneció inmune (35).

De haber estado en libertad, sin duda su prestigio se hubiese resentido de algún modo, ya que era un miembro de la autoridad establecida, que tan desastrosamente estaba desempeñándose aquel año. Durante la tercera semana después del ingreso de Gustav en prisión, estallaron una serie de algaradas por todo el Ruhr. A fines de mayo, y de nuevo el 20 de agosto, tres cuartos de millón de trabajadores del acero y el carbón, comprendidos los Kruppianer, se declararon en huelga, si bien con ello no se resolvió nada. En Essen y Düsseldorf, los terroristas atacaban a los franceses. Los incidentes se hicieron tan frecuentes, que ya no aparecían en la Prensa extranjera. Ese verano no dejaron de oírse los disparos de los francotiradores y el estallido de las granadas de mano. No había manera de dominar la situación, por más que el Gobierno de París se negara a admitirlo. El 22 de octubre, los títeres dirigidos por los franceses proclamaron en Aquisgrán y Düren una República del Ruhr y de las provincias renanas. Demasiado endeble para sobrevivir a un plebiscito, ésta no tardó en disolverse, y entonces comenzó la inesperada tarea de retirar las bayonetas. Francia había perdido prestigio, pero también les había pasado lo mismo a los dirigentes de Weimar. El canciller Wilhelm Cuno cayó junto con su Gobierno. Gustav Stresemann, su sucesor, abandonó la resistencia pasiva, y los alemanes convinieron en discutir una reanudación de los pagos por reparaciones de guerra. No fue esta una decisión que contase con el apoyo popular. En noviembre, Ludendorff, que había estado cavilando en Munich, se unió al nuevo Nationalsozialistiche Deutsche Arbeiterpartei, en un intento de llevar a cabo un *putsch*. Aunque la intentona resultó un fracaso, permitió que el nombre de Adolf Hitler se dejase oír fuera de Baviera por primera vez, y el nombre del partido apareció en los titulares de la Prensa tan a menudo, que al fin lo abreviaron llamándole Nazi. Por tratarse de un advenedizo que atacaba a la pertinaz plutocracia del país, Hitler adquirió muchos seguidores. Los demás se conformaban con permanecer a la defensiva. En Essen, un reportero gráfico fotografió a Bertha y a Hindenburg durante una conversación en la calle. El Feldmarschall se hallaba de uniforme, mientras que Bertha, cuyo aspecto se hacía cada vez más descuidado, vestía un abrigo largo y deforme. En el extranjero la foto apareció con un pie que decía:

«Corazones alemanes que laten al unísono en el Ruhr», lo cual sin duda era cierto, aunque sus latidos distasen mucho de ser de felicidad. En ambos rostros se apreciaba la tensión y la ansiedad. Al observarlos, uno puede darse cuenta del gusto con que ambos hubiesen compartido la celda donde se encontraba Gustav (36).

Los días de éste en la cárcel estaban contados. El Ruhr resultaba demasiado importante para quedar inmovilizado durante mucho tiempo, y el impacto de la ocupación no podía quedar limitado a Alemania. Cuando el franco disminuyó su valor en un 25%, París se vio en la necesidad de abandonar la zona que ocupaba, y siete meses después de haber sido condenado Gustav, le dejaron en libertad mediante una «amnistía de Navidad». Le exigieron que firmase un documento por el cual declaraba que le habían condenado con justicia, pero eso no engañó a nadie. Al regresar Gustav a Essen, toda la ciudad se echó a la calle para recibirle, y luego, cuando entró en el Preussische Staatsrat de Berlín, sus colegas consejeros se pusieron en pie para rendirle un silencioso homenaje. Desde entonces, todo el que se oponía a Gustav llevaba las de perder. Konrad Adenauer, ya dinámico y popular alcalde de Colonia, rechazó un proyecto de Krupp para construir un puente de arcadas sobre el Rin, pues él consideraba más práctico un puente colgante. Eso bastó para que le llegaran una cantidad de cartas hostiles, acusándole de haber traicionado a Alemania. Todo eso era lo que Krupp debía agradecer al traspiés dado por los franceses (37).

La recuperación de posguerra de la empresa comenzó ese invierno, si bien nadie lo hubiera imaginado en aquellos momentos. La situación en Essen era estremecedora. Al retirarse los franceses, se llevaron 21 locomotoras nuevas y 123 camiones, dejando sólo el desorden como recuerdo de su permanencia allí. En su primera visita al Hauptverwaltungsgebäude, después de haber sido puesto en libertad, Gustav vio grupos de saqueadores que salían tambaleándose de los almacenes de Krupp, con los brazos llenos de objetos robados. En las calles no se estaba seguro ni a la luz del día, pues cuadrillas de hombres armados rondaban por el centro de la ciudad. Hasta en el mismo edificio de la administración se habían producido atracos. La sala de juntas estaba vigilada, y en su interior, los miembros del Vorstand vegetaban sombríamente, derrumbados en sus sillones, y de nuevo Gustav se negó a hacerles caso. Las reservas de Krupp comprendían grandes cantidades de acciones de sociedades extranjeras, les recordó y podían recurrir a eso, si lo necesitaban. Entretanto, dijo que trataría de solucionar la situación confusa creada por la inflación. Según iban las cosas, no tenía idea de la solvencia de la firma, por lo que dio instrucciones a Haux para que tradujese todos los números de los libros a su equivalente en oro. También pensó en dedicar alguna atención al proyecto de la estepa rusa. Si el plan resultaba impracticable, sería mejor olvidarlo del todo. A tal fin, le pareció conveniente que su cuñado fuera a inspeccionar el lugar personalmente. Así lo hizo Tilo, y halló extensos campos de girasoles, lino y tulipanes silvestres, pero ni una sola planta de trigo. «Fracaso seguro», telegrafió el barón a Gustav, y dejó de nuevo los terrenos en manos de un funcionario soviético de treinta años, llamado Anastas Mikoyan (38).

Desde el Hauptverwaltungsgebäude Krupp preparó una docena de proyectos nuevos. Para compensar a la URSS de su fracaso en la estepa, admitió a un grupo de aprendices rusos en su escuela técnica. Sus vendedores se presentaron en Moscú y Pekín con catálogos que reseñaban la maquinaria agrícola de la empresa; las misiones de estos agentes resultaron provechosas desde el comienzo. Los laboratorios de Krupp producían un nuevo acero más duro que todo lo conocido hasta entonces en la histo-

ria de la metalurgia. Redujeron carburo de tungsteno y el cobalto a polvo, lo comprimieron sometiéndolo a una temperatura de 1.600° F. y agregaron diamante pulverizado. Con el nombre de Widia (de *wie Diamant*, como el diamante), el acero fue exhibido por vez primera en la feria comercial de Leipzig, en 1926. Hacia 1928, la empresa contrataba 30.000 nuevos Kruppianer, y en el mes de mayo siguiente, Gustav inauguró un alto horno en la fábrica de Borbeck, un suburbio de Essen. Un año después, los ingenieros norteamericanos de la Chrysler llegaron a la conclusión de que el Enduro KA-2 de Krupp era el mejor acero inoxidable que podía hallarse en parte alguna. En consecuencia, se le utilizó para recubrir la torre del edificio Chrysler, en Manhattan, donde relumbra desde entonces. Otros técnicos de Krupp lograron un nuevo procedimiento para transformar el mineral de hierro de bajo grado en acero de alta calidad. Esta planta quedó instalada en la Grusonwerk. Con ello, la empresa superó las pérdidas sufridas en la guerra en Lorena, España y Letonia. Se adquirieron por toda Escandinavia y Terranova derechos de minería que se consiguieron baratos, pues ningún otro fabricante de acero podía pagarlos. Con la ayuda de todo ello, Krupp restableció su predominio a un nivel similar al anterior de la contienda (39).

Los firmantes de Versalles no habían previsto semejante hecho. Schneider pensó que la devolución de Lorena aseguraría a Francia la supremacía. Pero después de la ocupación de 1923, París perdió sus deseos beligerantes y pasó por alto las advertencias de que el yunque del Reich comenzaba de nuevo a parecerse alarmantemente a la forja de armas que devastó a Francia dos veces en medio siglo. La República de Weimar, por otra parte, apoyaba a Gustav y a los demás Schlotbarone en una intrincada estrategia basada en subsidios, alta tecnología *kruppsche* y una práctica comercial evidentemente desleal. Dedicándose de lleno a los nuevos minerales, los almacenes construyeron una industria de acero de elevado costo que monopolizó la producción carbonífera del Ruhr. Privadas de carbón, las fábricas francesas languidecieron. Esperando equilibrar de nuevo la balanza, los industriales galos propusieron la formación de un gran monopolio. La Internationale Rohstahlgemeinschaft, establecida en Luxemburgo en 1926, parecía estar a cubierto de cualquier sorpresa, teóricamente, pero en la práctica evidenció la inferioridad francesa. Cada una de las naciones integrantes, Francia, Inglaterra, Bélgica, Luxemburgo, Austria, Checoeslovaquia y Alemania, acordaron eliminar la «competencia ruinosa», ajustándose a una cifra tope anual. Los alemanes firmaron, vieron cómo algunos dejaban de cumplir posteriormente el acuerdo, y luego lo rompieron también ellos. Se había establecido que todo miembro que hiciera eso debería pagar una multa. Al comienzo los Schlotbarone pagaron sin chistar. Luego amenazaron con abandonar el grupo, a menos que no se les multara y que se aumentase la cifra tope de producción que se les permitía. Entonces los demás signatarios se vieron afectados por aquella parálisis peculiar que iba a caracterizar a todas las víctimas del período de bravuconería teutónica del decenio de 1930. Todos se quedaron sin hacer nada, mientras el dinámico Ruhr excedía su cuota en cuatro millones de toneladas anuales. Los que preguntaban por el destino que se daba a aquel acero, fueron acallados y se les acusó de querer atizar la guerra (40).

La mayoría de los Kruppianer nunca había oído hablar de un *Kartell*, y, por otra parte, no hubieran sido capaces de comprender el sentido de la palabra. Sin embargo, habían entendido perfectamente el significado de la matanza del Sábado Santo, y con esa tremenda falta de lógica que

se había convertido en la desesperación de los vecinos de Alemania, celebraron misas anuales por los trece Kruppianer muertos, y olvidaron la Semana Santa mucho más sangrienta de tres años antes. También comprendieron las razones que había detrás de la sentencia que condenó a Gustav. Sabían que los pagos de pensiones se habían reanudado. El nombre de Krupp conservaba su magia; si algo marchaba mal, de ello debía tener la culpa cualquier otro. Algo, en aquel funesto decenio, andaba siempre mal. Gustav se puso en pie, pero volvía a caerse con frecuencia.

A pesar de sus éxitos locales, la firma carecía de su antigua proyección. En 1928, y de nuevo en 1929, se hizo necesario suspender de nuevo los pagos. Los trabajadores culparon a Berlín, pero nunca al Hauptverwaltungsgebäude. Adornaban a Bertha y a sus hijos, y colgaban sus retratos en las salas de las casas. Cuando Margarethe Krupp murió el 24 de marzo de 1931, todo Essen asistió al entierro, desfilando ante balcones adornados con colgaduras negras. El único forastero que fue testigo de estos ritos en Villa Hügel fue Karl Sabel, un joven y emprendedor periodista. Sabel alquiló un sombrero de copa, una levita y el automóvil más lujoso que había en Düsseldorf. Al descender del mismo miró fríamente al lacayo que se hallaba ante la puerta del castillo de Krupp. El criado le hizo una reverencia y Sabel entró en lo que parecía el resurgir de un mito teutónico. En el gran salón, rodeado por los románticos murales de su hermano Félix, y por doscientos invitados, se hallaba el cuerpo de la viuda de Fritz Krupp, en un ataúd situado sobre un alto estrado, como si fuera el de una reina. Los oficios se habían iniciado con un extenso panegírico pronunciado por el burgomaestre. Cuando hubieron terminado, las sirvientas de la mansión, ataviadas con sus inmaculados uniformes azules, se acercaron al féretro y una a una fueron colocando una flor sobre el pecho de Marga. (Gustav, perito en eficiencia, había destinado cuatro minutos y treinta y cinco segundos para este acto. Al marcharse, Sabel notó que la servidumbre reanudaba inmediatamente sus tareas.) En el exterior, trescientas mil personas se alineaban a lo largo del camino hasta el cementerio de Kettwig. La mayoría eran demasiado jóvenes para recordar la época dorada de Fritz, y sólo un puñado estuvieron presente la noche en que el gran Alfred fue conducido por última vez colina abajo. De todos modos, Marga había sido un eslabón con el fabuloso pasado, cuando se fabricaban cañones y se vendían con provecho, aunque nunca se disparaban con ira (41).

Marga había representado algo muy querido: el paternalismo benévolo de Krupp. Eso no era llorado, porque aún quedaba vivo en buena parte. El trabajador *kruppsche* corriente bendecía a la familia por la prosperidad de que gozaba, agradecía las muchas pequeñas generosidades, y jamás sentía curiosidad por lo que hacían en las oficinas de enfrente. Era una pena que nadie espiara, ya que allí estaban ocurriendo bastantes cosas. Las suficientes, en realidad, para haber alarmado a cualquier jefe de Estado del mundo. Gustav hizo una gran propaganda del Widia, Enduro KA-2, y de sus excelentes locomotoras. La mayor parte del tiempo se ocupaba de otros asuntos, no obstante, y en ello reside la explicación de que pudiera seguir defendiéndose, a pesar de las duras restricciones a que le sometiera el Tratado de Versalles.

Privado de su principal fuente de ingresos, Gustav se convirtió en un gran financiero. En una época se dedicó enteramente a operar con florines holandeses; invirtiendo algunas de las acciones de las filiales de Holanda, percibió unos cien millones de marcos de aquel país. Luego, en 1925 logró una vivificante transfusión de Estados Unidos. El empréstito fue por diez millones de dólares, aunque Krupp no quedó muy contento con el resultado. Según las leyes alemanas, en los talleres de Krupp

debían colocarse anuncios declarando que la empresa estaba hipotecada. Gustav convocó una reunión de todos los empleados administrativos y les dijo: «*Tun sie alles, damit die verdammten Schilder so schnell wie möglich wieder verschwinden!*» («Espero que todo el mundo haga lo que esté de su parte para que esos malditos letreros sean arrancados lo antes posible!») (42).

Los anuncios fueron quitados al cabo de dos años si bien la perseverancia de los administrativos nada tuvo que ver con ello. Durante el invierno de 1926-1927, Gustav logró dos objetivos. El primero fue la solución de sus diferencias con Vickers. En julio de 1921 había presentado una reclamación a Sheffield, pidiendo 260.000 libras esterlinas por el empleo de su *Krupp-Patentzünder* durante la guerra. En semejantes circunstancias eso le parecía muy razonable. Traducido a términos bélicos, significaba que los ingleses habían disparado 4.160.000 granadas y matado a un alemán con cada una de ellas. Vickers no aceptó esa cifra, y el asunto fue llevado por Krupp al tribunal mixto angloalemán de arbitraje, siendo celebrada la causa en 1924. Es comprensible que haya escasa referencias acerca de este delicado asunto en los archivos de Krupp, pero en los de Vickers se manifiesta: «Después de varias postergaciones, la causa final fue pospuesta indefinidamente. Al fin, en agosto de 1926, se llegó a un acuerdo por el cual Vickers pagaba a Krupp 40.000 libras esterlinas, y en octubre de ese año se cerró el proceso ante el tribunal.» Sheffield insistía en que los ingleses no habían utilizado más que 640.000 granadas. Traducido al aspecto marcial, ello significaba que cada disparo había ocasionado cuatro bajas. Era algo vergonzoso, pero los vencidos no pueden protestar, por lo que en 1920 las cuarenta mil libras esterlinas fueron al fin aceptadas con resignación en Essen (43).

Mucho mejor fue el préstamo de 60 millones de marcos oro que concedieron los Bancos alemanes, y que permitió a Haux pagar a los *verdammte* yanquis, y más grato aún el crédito de 74 millones que Berlín otorgó a Krupp para compensarle de sus pérdidas bajo la dominación francesa. Pero aquí ya entramos en otro asunto. Resulta imposible determinar con exactitud el dinero que entregó el Gobierno a Krupp en los quince años transcurridos desde la caída del Segundo Reich hasta la creación del Tercer Reich, ya que tanto el dador como el receptor llevaban varios juegos de cuentas. De acuerdo con la hoja de balance de Haux, durante el año fiscal de 1924-25, por ejemplo, la firma había perdido 59 millones de marcos. Las pérdidas durante esos doce meses iban desde menos de un millón en Rheinhausen hasta cerca de 17 millones en Kiel. Pero tales cifras carecen de significado, ya que omiten los ingresos por algunas actividades ilícitas en el extranjero, así como la regular obtención de fondos de la tesorería de la República de Weimar. Tales subsidios hechos a Krupp se han calculado en más de trescientos millones. En todo caso, para poder mantener sin trabajar a tantos obreros durante tan prolongado lapso, la ayuda tuvo que ser considerable. Sin embargo, los documentos que han llegado a nuestro poder sólo muestran en parte esta evidencia; así, hay dos comentarios de ex cancilleres: un escrito en el diario de Stresemann, correspondiente al 6 de junio de 1925, en el que afirmaba: «*Dann mussten wir für Krupp 50 Millionen Mark verschaffen.*» («Entonces tenemos que proporcionar 50 millones de marcos a Krupp»), y una carta de Karl Josef Wirth escrita a Gustav el 9 de agosto de 1940, inmediatamente después de que Krupp se convirtiera en el primer alemán que recibió la Cruz al Mérito de Guerra de Primera Clase (44).

El mensaje de felicitación de Wirth resulta asombroso para aquellos que creen que la República de Weimar fue un noble experimento torpedeado por los nazis. Además, contradice la creencia de que la democra-

cia y el militarismo furibundo no pueden coexistir. En realidad, ya estaban trabajando de común acuerdo menos de dos años después del armisticio, cuando un dentista diseñó la primera esvástica para el partido, y Adolf Hitler aún era un oscuro demagogo que organizaba furtivamente batallones de camisas pardas para la lucha callejera. No sólo fue Wirth el dirigente del Gobierno alemán durante este período; el 11 de mayo de 1921 firmó el documento por el cual Weimar aceptaba oficialmente el Tratado de Versalles, prometiendo respetar las obligaciones de su nación, de acuerdo con el convenio:

> «Como consecuencia de la decisión del Reichstag, he sido encargado de declarar lo siguiente, como me han pedido, en nombre del nuevo Gobierno, y relacionado con la resolución de las Potencias Aliadas fechada el 5 de mayo de 1921:
>
> El Gobierno alemán está decidido... a poner en vigor, sin reservas ni demoras, las medidas relativas al desarme de las fuerzas del ejército, navales y aéreas, tal como se especifica en la memoria de las Potencias Aliadas, fechada el 21 de junio de 1921» (45).

Su palabra no era más de fiar que la de Hitler. Aunque esto le comprometía, tanto como canciller cuanto como hombre de honor, a que «la fabricación de armas, municiones o cualquier otro material bélico, sea únicamente realizada en fábricas o talleres cuya situación será comunicada a los Gobiernos de las principales potencias aliadas y poderes asociados, y será aprobada por los mismos, al tiempo que mantendrán el derecho de restringir las cantidades». Obligaban también a prohibir «la importación alemana de armas, municiones y material de guerra de cualquier clase», y a despachar «a cualquier país extranjero, misiones del ejército, navales o aéreas», con lo cual Wirth estaba violando flagrantemente tanto la letra como el espíritu de su promesa, en el momento en que colocó su firma. Según escribió más tarde a Gustav, recordaba «con satisfacción los años de 1920 hasta 1923, cuando junto con el director doctor Wiedfeldt [de Krupp], usted y yo pudimos establecer los cimientos del desarrollo de la técnica alemana de armamento *(um neue Grundlagen für den technischen Fortschritt der deustschen Rüstung zu legen)* a través de su grande y muy importante firma. El señor presidente del Reich, Von Hindenburg... había sido informado de ello. Su reacción también fue loable, aunque nada de esto se haya descubierto aún al público. También escribo estas líneas para añadirles a mis archivos, que ya contienen la carta del doctor Wiedfeldt de 1921, declarando que su muy respetada empresa recibió la seguridad de permanecer diez años al servicio del Gobierno, de acuerdo con mi iniciativa como canciller del Reich para el mantenimiento de la técnica alemana de armamento.» *(Wurden beträchtliche Summen von Reich an die Firma gezahlt, um die deutsche Rüstungstechnologie zu erhalten)* (46).

Wirth advirtió que estaba realizando todo esto «en una forma puramente personal y confidencial», ya que el Gobierno del Tercer Reich había extendido la noticia de que «se evitará toda divulgación sobre los preparativos para la recuperación de la libertad nacional», y agregaba: «Nuestros corazones estaban muy pendientes de los sucesos de aquellos días.» El corazón de Gustav lo estaba, sin duda alguna, y tampoco veía motivos para mantenerse inactivo a ese respecto. Cuando recibió la carta de Wirth, Krupp comprendió que la traición de los criminales de noviembre había sido vengada, y que terminaría su vida en una Europa regida por el Nuevo Orden alemán. En consecuencia, decidió establecer con ánimo triunfante los planes relativos al rearme secreto de Krupp después del

armisticio de 1918. Al ser detenido por las tropas norteamericanas en abril de 1945, se aprecia por sus documentos que tenía un notable talento para la intriga internacional. Si bien pasaba por alto la cuantía de los subsidios de Weimar (eso pertenecía al departamento de Haux, que para entonces ya había fallecido), en cambio incluía virtualmente todo lo demás, sin olvidar detalles que hubiesen llenado de alarma a las cancillerías extranjeras, durante el decenio de 1920. Esto, junto con ciertos documentos militares que también cayeron en poder de los norteamericanos, revelaba el punto hasta el cual Krupp se había anticipado a Hitler. En Versalles, los aliados creyeron haber privado a Alemania de sus herramientas de agresión. Estaban soñando. Y mientras ellos soñaban, Gustav, cuidadosamente, forjó la nueva espada alemana. (*Schmiedete das neue deutsche Schwert.*)

14

¡Hemos contratado a Hitler!

El canciller Wirth había sido atraído a la cruzada para «la libertad militar» *(Wehrfreiheit)* (1), por el generaloberst Von Seeckt, el cual era a un tiempo jefe del Reichwehr, y, de manera anónima, eminencia gris del rearme. A Gustav, en cambio, no había que persuadirle. Según escribió veinte años más tarde, «todo dentro de mí se sublevaba contra la idea... de que el pueblo alemán se vería esclavizado para siempre». Consideraba que «si Alemania volvía a renacer, si llegaba a romper las cadenas de Versalles, la firma Krupp debía hallarse preparada». Tenía «la convicción de que Alemania debía luchar de nuevo para ponerse en pie», comprendiendo «los sentimientos de mis empleados, que hasta la fecha han trabajado orgullosamente para las armas alemanas». «En aquella época —recordaba más tarde—, la situación parecía desesperada; yo conocía al hombre alemán, y por consiguiente, nunca dudé de que aunque por el momento todos los indicios estaban en contra, un día iba a producirse un cambio.» Durante las algaradas de la posguerra, mientras acompañaba a Sayneck a su esposa cuando estaba embarazada, y daba festines con vajilla de oro, ya estaba considerando algunas posibilidades.

> «*Die Maschinen waren zerstört, die Werkzeuge waren vernichtet-geblieben aber waren die Menschen: die Männer in den Konstruktionsbüros und in den Werkstätten, die den Geschützbau in glückhafter Zusammenarbeit zur letzten Vollendung gebracht hatten... Gerade jetzt fühlte ich mich in den magischen Kreis einer festgefügten Werksgemeinschaft aufs stärkste einbezogen...*»

«Las máquinas fueron desmontadas, las herramientas destruidas, pero los hombres aún seguían allí, los de las oficinas de construcción y los de los talleres, que trabajando en gozosa armonía habían llevado la técnica de fabricación del cañón alemán a su mayor perfección. Su destreza debía conservarse a toda costa... A pesar de toda la oposición, yo quería y debía mantener a Krupp como una factoría de armamento... Nunca me sentí más obligado que en aquellas trascendentales semanas y meses de 1919 y 1920. Entonces me sentí inmerso en el mágico círculo de una comunidad de trabajadores...» (2).

Al recordar los años 1919 y 1920, desde la perspectiva de 1941, Krupp pensó que «las decisiones que debí tomar en esa época fueron tal vez las más difíciles de mi vida». Sin embargo, consideró que no podía eludir sus deberes, que «mediante la labor secreta, científicamente basada», debía trabajarse de nuevo para las fuerzas armadas alemanas en la hora precisa, sin pérdida de tiempo ni de experiencia. Más tarde llegó a creer que eso había sido el mayor logro de su carrera, cuando «después de la subida de Adolf Hitler al poder, tuve el honor de informar al Führer que Krupp estaba ya dispuesta, tras un corto período de ensayo, para iniciar el rearme del pueblo alemán, sin errores ni desmayos. La sangre de los camaradas del Sábado Santo no se había vertido en vano» (3).

También debió haber añadido que los meses que pasara en la cárcel, al rodearle de un aura de mártir, no habían sido baldíos. Pero, ¿cómo pudo conseguir Gustav su milagro? El convenio que Wirth firmara, publicado el 15 de julio de 1921 en el diario vespertino *Deutscher Reichsanzeiger und Preussischer Staatsanzeiger* (Gaceta del Reich Alemán, y Gaceta del Estado prusiano), especificaba que «Friedrich Krupp A. G., de Essen-Ruhr» quedaba limitada a fabricar un solo tipo de cañón, y no podía hacer más que cuatro de ellos al año. Para la marina, la firma sólo podría elaborar los cañones, cureñas, pesacantes de municiones y mecanismos de disparo, así como blindajes, que se necesitaron para remplazar el equipo que fuera deteriorándose en la pequeña flota de Weimar. Hasta esa menudencia estaba sometida a la supervisión e inspección de la Comisión de Control Aliada, que había sido enviada a Essen para fiscalizar lo que hacía Krupp.

Gustav odiaba a los integrantes de la comisión, así como a los miembros del SPD que actuaban en las fábricas como delegados de ellos (*). Los consideraba unos «curiosos» *(Schnüffler)*, e incluso después que los oficiales enemigos hubieron abandonado el Ruhr, Krupp se mostró irritado al recordar la «grosera e irreconciliable actitud, especialmente de parte de los miembros franceses de la Comisión de Control, así como de la extensa red de espías y confidentes...» (4).

En aquellos primeros años aún merodeaba otra fuerza *ausländisch* en torno a la Gusstahlfabrik. Eran los corresponsales extranjeros que habían llegado a causa de la curiosidad que imperaba en el exterior acerca del siniestro nombre de Krupp. Según Gustav, todos los extranjeros tenían «los ojos vendados». Un representante del *Christian Sciencie Monitor* se maravilló de la facilidad con que los fabricantes de cañones se ajustaban a la producción de material ferroviario. «La paz se está tomando su revancha con Krupp —escribió el *Manchester Guardian*—. Uno no vacilaría en afirmar, después de una visita a Krupp, que todo lo relacionado con la industria bélica ha sido descartado.» La *Review of Reviews* mostró su complacencia al observar que «un recinto ridículamente pequeño, en la esquina de un gran taller, es todo lo que ahora pueden dedicar a la fabricación de artillería». *Living Age*, por su parte, manifestó que «la hoja de balance de Fried. Krupp, correspondiente al período 1915-1920», contiene las memorables palabras siguientes: «Durante el año informado, y por vez primera en dos generaciones, los talleres de Krupp, de acuerdo con las disposiciones del tratado de Versalles, no han producido material de guerra». El *Scientific American*, ante la insistencia de Gustav, se disculpó públicamente por dar a sus lectores la impresión de que se había enviado ilícitamente una partida de cureñas de cañones desde Essen a Brasil. (La infortunada revista había denunciado la única transacción que

(*) Con gran riesgo para ellos mismos. Cuando pasaron algunos años, cada vez fueron más los socialdemócratas que se convirtieron en víctimas de los derechistas «Femen» (asesinos políticos), con los que los tribunales de Weimar eran increíblemente benignos.

estaba permitida. Krupp entregó un pedido hecho antes de la guerra.) Algunos escritores sintieron impulsos líricos. Uno redactó una pródiga descripción del Stammhaus, «la venerada reliquia de Fried. Krupp, y la única evidencia tangible que evoca la tradición de un poderoso nombre», en tanto que otro, corresponsal del *Literary Digest*, encantó a sus lectores con un relato de la recepción que le hizo un *gemütlicher* y anciano portero «que fumaba una pipa renana y sonreía pensativamente». El periodista manifestó que había recorrido la Gusstahlfabrik en compañía de Georg Karl Friedrich «Bruno» Baur, uno de los directores de Krupp. «El pasado de Alemania se halla enterrado aquí —aseguró haberle dicho Baur—, y el futuro de Alemania también está aquí, igualmente, en esas antiguas fundiciones.» (5).

De haberse consultado entonces los periodistas, hubieran notado una extraña coincidencia: todos los que habían sacado fotografías, advirtieron que estaban veladas. Si hubiesen hecho memoria, habrían recordado que antes de abandonar la fábrica fueron invitados a la cantina del Hauptverwaltungsgebäude para tomar una ligera comida, cortesía de la firma Krupp. Mientras comían se aplicaron rayos infrarrojos a las lentes de las cámaras. La razón no fue —como se afirma en Essen—, que uno de los Pariskanone hubiera sido colocado verticalmente y disimulado rodeándolo de ladrillos, como si fuera una chimenea. Tampoco (otro mito) fue debido eso a que Krupp fabricase cochecillos de niños que desarmados y vueltos a armar se convirtieran en ametralladoras. Los Kruppianer eran más sutiles que todo eso. Lo cierto es que los trabajos prohibidos estaban ya proyectados, todo se hallaba en los tableros de dibujo, y se temía que algún periodista, aun sin saberlo, tomase la fotografía de un plano que pudiera ser observado casualmente por el ojo experto de algún perito en artillería (6).

La inutilidad de la Comisión de Control, durante los seis años que pasó en Essen es algo que resulta misterioso. Sus visitas eran telegrafiadas por anticipado a la administración de Krupp, lo que permitía ocultar fácilmente los documentos comprometedores. Cuando los franceses ocuparon el Ruhr, Gustav mandó llamar a los proyectistas de artillería a su despacho, los puso bajo el mando de un avispado y joven funcionario, y junto con sus planos partieron hacia el suburbio berlinés de Spandau, donde los trabajos prosiguieron durante un tiempo. Pero Krupp no actuaba siempre de modo tan furtivo. A fines de noviembre de 1925, Seekt llegó a Villa Hügel para ocupar el antiguo apartamento del kaiser mientras efectuaba una visita de cinco días a los talleres. No hay indicios de que la comisión aliada mostrase alguna sospecha por la visita del generaloberst, ni ante las frecuentes salidas de importantes técnicos de artillería hacia países que habían sido neutrales durante la guerra. Tal vez la considerable extensión de los talleres les abrumaba, o quizá el hecho de encontrarse en una ciudad sombría y hostil les causó desánimo. Puede ser también que estuvieran minados por una guerra entre ellos. Gustav consideraba que el hecho de haberse afirmado durante tanto tiempo que estaba dedicado a la fabricación de productos de paz les había engañado: «Así, ante la sorpresa de numerosas personas, Krupp comenzó a elaborar productos que realmente parecían totalmente diferentes a la anterior actividad de una planta de armamento. Hasta las comisiones aliadas que fueron a investigar salieron engañadas. Candados, tanques de leche, cajas registradoras, vehículos para recoger basura, y otros artefactos de menor importancia, no podían despertar sospecha alguna, y hasta las locomotoras y automóviles producían una impresión totalmente civil» *(wirkten durchaus zivil)*. No hay la menor duda de que los indeseables huéspedes fueron realmente engañados por

aquellos «artefactos de menor importancia», y por la gran mentira, periódicamente reiterada desde Berlín por la división legal del Reichswehrministerium, de que «el Tratado de Paz de Versalles es también una ley germana, y en razón de esto, liga también a todos los ciudadanos alemanes. Este compromiso llega a superar las previsiones establecidas por la Constitución de Alemania». A «requerimiento del Reichstag», los miembros del Gobierno que habían participado en los «preparativos para la movilización de una Wehrmacht», podían ser «acusados ante los tribunales judiciales del Estado por violación criminal de sus deberes oficiales, según el artículo 59 de la Constitución» (7).

Estas soporíferas palabras fueron escritas en enero de 1927. A la luz de lo que ahora se sabe, es dudoso que algún general o almirante que llevasen el uniforme de Weimar pudieran haber escuchado tales manifestaciones con un sentimiento que no fuese de ironía. El *Diktat* estaba desacreditado en todas partes. Invocar su contenido, convenir que Alemania debería limitarse a un ejército de cien mil hombres y a una diminuta armada, hubiera sido considerado como un desdeñoso acto de colaboración. Pero el Offizierskorps sabía que el Ministerio de Defensa no hablaba en serio. Lejos de tratar con el enemigo, los perros guardianes civiles del Reichswehr hacían la vista gorda ante los febriles preparativos para alzarse contra las potencias triunfantes en 1918.

En la Alemania imperial había sido posible mantener al canciller en la ignorancia de los planes militares. No ocurría lo mismo ahora. El ministro del Reichswehr, un político, dominaba su absurdamente reducido personal, una sencilla ayudantía (*adjutantur*). El imponente título de comandante en jefe (oberbefehlshaber) había sido abolido y remplazado por el vulgar título de jefe (chef). Había dos jefes para los dos servicios armados, que presidían el comando del Ejército (heeresleitung), al mando de Seekt, y el comando Naval (marineleitung). Una subdivisión del ejército, el Departamento de Tropas (Truppenamt) estaba funcionando de hecho como generalstab, pero nadie lo admitía, debido a que Versalles había proscrito el Estado Mayor General alemán. Los legos de Weimar cerraban la boca con tanta firmeza como los hombres de uniforme, los que teóricamente estaban subordinados a ellos. «En 1938 —escribiría el general Telford Taylor después de la Segunda Guerra Mundial—, un mundo estupefacto iba a observar lleno de asombro y temor a la nación que había logrado repentinamente un poderío tan aterrador. ¿Cómo lo hizo? Buena parte de la historia se hallaba en los archivos de Krupp, en Essen. Realmente, existía una profunda continuidad desde la República de Weimar al Tercer Reich, como Krupp y los generales sabían perfectamente» (8).

Pero no hay duda de que resultaba imposible llevar a cabo un rearme entre susurros. Una vez que Gustav pulsó todos los botones «el visitante del Ruhr —hizo notar William L. Shirer— se sentía anonadado ante la intensa actividad de los talleres de armamento, especialmente los de Krupp, el principal de los armeros alemanes durante tres cuartos de siglo», y antes incluso de que las forjas de armas fueran encendidas, hubo portentosas señales para aquellos que pudieran o quisieran leerlas. Ya el 20 de mayo de 1921, a menos de catorce meses desde que Gustav hubiera tomado su histórica decisión, comenzando a fabricar clandestinamente *das neue deutsche Schwert*, el ejército de Estados Unidos realizó una investigación acerca de las nuevas patentes de Krupp. «Esta investigación —se informaba— descubrió una notable circunstancia relativa a las condiciones en las que se suponía que Alemania debía observar el desarme y la fabricación de material de guerra, según las obligaciones de su trabajo». Los oficiales norteamericanos de Inteligencia se dieron cuenta de

que de las recientes patentes de Essen, veintiséis eran para artefactos de control de artillería, dieciocho para dispositivos eléctricos de disparo, nueve para espoletas y granadas, diecisiete para cañones de campaña, y catorce para cañones pesados que sólo podían ser transportados por ferrocarril.

El secretario de la Guerra, John W. Weeks, dio detalles a la Prensa, pero ésta los ignoró. La reacción contra Versalles también había sido fuerte entre los vencedores. Considerando que se había ido demasiado lejos al achacar a Alemania la culpabilidad de la guerra, los antiguos aliados entraron en aquel trascendental período de compensaciones, que condujo finalmente a Munich. Debieron haber sido verificados los relatos ocasionales de que ases alemanes del aire estaban entrenándose con una futura Luftwaffe en Rusia. Lo cierto es que no se hizo caso de ello, o que incluso se lo aplaudió. El *New Statesman*, de Inglaterra, que entonces era una publicación excéntrica, lo mismo que hoy, expuso el notable argumento de que Francia debía ser sometida a una inspección de actividades militares más severa que el derrotado enemigo, y declaró que «no había razón alguna, desde el punto de vista británico, para que Alemania no poseyera tantos aviones como Francia» (9).

La naturaleza precisa de las actividades de posguerra de Krup, en la Europa oriental, no ha sido bien establecida. Los Gobiernos mantienen una comprensible reserva al respecto, y las fuentes de información están limitadas a las autobiografías de diplomáticos, y a los documentos incompletos y póstumos de Seeckt, que aparecieron a comienzos del decenio de 1950. Al visitar Budapest en 1921, en misión oficial, Nicholas Snowden fue a ver a un miembro del Gobierno de Horthy-Bethlem. Su anfitrión mencionó de paso que los técnicos alemanes estaban muy atareados construyendo una nueva factoría húngara. Snowden sintió curiosidad y según afirma en sus memorias, «se enteró de que Krupp, aunque en apariencia dedicaba la fábrica a elaborar artefactos agrícolas, estaba manufacturando armas» (10). Esto es un tanto dudoso. Se trata de rumores que no tuvieron confirmación en los archivos de Krupp; por otra parte, esto no habría tenido objeto alguno, pues Krupp ya había adquirido una fábrica de armas en los países escandinavos. Sólo necesitaba una, porque él y Seeckt, convencidos de que el cañón se volvía anticuado rápidamente, decidieron restringir la producción a comienzos de la década de 1920 para concentrarse en nuevos diseños.

Es muy posible, sin embargo, que el informador de Snowden haya identificado correctamente a los hombres del Ruhr como armeros de Krupp. Su papel debió de ser el de consejeros, pasando Essen a Budapest una factura por sus servicios. Lo mismo se hacía con la Unión Soviética. Inmediatamente después de firmar el pacto de Rapallo, Karl Bernardovitch Radek, principal lugarteniente de Trotski, fue a Berlín para solicitar asistencia técnica para la industria soviética de armamento. Se negoció con él un convenio en el departamento de Kurt von Schleicher, futuro ministro de defensa de Weimar, y canciller, el cual había actuado a las órdenes de Ludendorff durante la guerra. Los documentos de Seeckt no revelan los nombres de los negociadores, pero evidentemente él y Schleicher representaban al ejército; al emisario de Gustav, lógicamente, sería Friedrich Wilhelm von Bülow, el gerente de la oficina de Berlín. Los resultados beneficiaron a ambas partes.

Los técnicos de Krupp dirigieron la fabricación de proyectiles y armas en los talleres de los Urales y en las cercanías de Leningrado, incluyendo las fábricas Putilov, que a semejanza de las instalaciones de Schneider, en 1870, se habían declarado en huelga cuando el Gobierno más las necesitaba, y que aún estaban sin organizar. A cambio de la técnica de Krupp,

Moscú destinó algunas tierras para los alemanes, quienes las utilizaron para pruebas de artillería pesada, y para instruir a los pilotos de combate. Los términos del acuerdo se observaron escrupulosamente hasta 1935, cuando el Führer repudió el Tratado de Versalles y afirmó la «soberanía militar», lo que terminaba con la necesidad de seguir fingiendo. Por entonces, la rusofilia de Seeckt tuvo como consecuencia la asombrosa serie de avances técnicos y de entrenamientos militares (11).

A lo largo de esos furtivos años, los mejores proyectistas de Gustav permanecieron en Berlín. Hasta cuando los *Bajonette* se retiraron del Ruhr, siguieron trazando diseños en los suburbios de la capital, donde pasaban inadvertidos para las comisiones de control, y después de dos años se trasladaron desde Spandau a un edificio de oficinas situado en el mismo centro de la ciudad. La decisión, tomada por Krupp siguiendo el consejo del Heeresleitung, fue uno de los secretos mejor guardados de la época. Los berlineses que trabajaban en otros pisos del edificio no tenían idea de lo que se estaba haciendo allí. Ni siquiera lo sabían las esposas de los proyectistas. En realidad, hay mucho en esa operación que evoca la memoria de las primeras novelas de espías de Eric Ambler. En la cálida y pesada mañana del día 1 de julio de 1925, un camión de mudanzas se detuvo en la plaza de Potsdam, y un grupo de atareados peones comenzó a trasladar escritorios, ficheros y tableros de dibujo hasta el último piso del edificio. Esa misma tarde, diecinueve hombres sin señales especiales y vestidos correctamente, ocuparon las habitaciones e instalaron una nueva y fuerte cerradura. Abajo, una pequeña placa de latón identificaba la firma:

KOCH UND KIENZLE (E)
Primus Palast
4 Potsdamer Platz (12)

Koch y Kienzle parece el nombre de una pareja de comediantes, pero la letra (E) significaba *Entwicklung* (urbanización). Allí, a corto trecho de la oficina para Inspección de Armas y Equipo (IWG), dirigida por Seeckt, el grupo más capacitado de proyectistas de artillería del mundo, estableció los planes para construir las armas que cambiarían el mapa de Europa. Uno de ellos era Fritz Tubbesing, entonces un joven rechoncho que se convertiría en jefe de la oficina de construcción de artillería, tres años más tarde, y el cual al escribirse este libro, sigue aún actuando en el Hauptverwaltungsgebäude. Según recuerda Tubbesing, «nadie nos observaba, ni nos molestaba, ni siquiera llamaban a nuestra puerta. Allí estábamos, prácticamente en el Reichstag, y ellos no lo sabían».

Si el Reichstag lo ignoraba, el Reichswehr sí estaba al corriente. Los secretos archivos del IWG contenían un código de Krupp con el que los oficiales podían traducir las palabras utilizadas en Koch y Kienzle. El primer carro de asalto, por ejemplo, recibió el nombre de «tractor agrícola» *(landwirtschaftlicher Ackerbau Schlepper)*. Más tarde se diseñaron tractores ligeros, medianos y pesados. A veces los ingenieros del número 4 de Potsdamer Platz olvidaban un poco la situación en que se hallaban. Así, una vez entregaron los esquemas de un tractor agrícola..., provisto de un cañón de 7,5 cm. Otro lapsus, que en su día deberían pagar caro en Nuremberg, donde los abogados de Krupp arguyeron que las armas que elaboraron eran puramente defensivas—, era una nota marginal recordando que «las características de los tractores motorizados (cañones autopropulsados) debían ser tales que permitieran el transporte en los vagones ferroviarios abiertos de Bélgica y Francia». Por aquella época, sin embargo, esos deslices pasaron inadvertidos. El IWG no tenía otra cosa

que hacer sino elogiar ese trabajo, y en un memorándum para el archivo, el propio Gustav lo describió como «un importante paso en el camino para la libertad». Trabajando arduamente, los hombres del décimo piso crearon ocho tipos de cañones pesados, obuses y piezas ligeras de campaña, así como un mortero móvil de 21 cm, y la mencionada familia de tanques (13).

En 1926 se retiró Seeckt. Se hallaba satisfecho con su misión. «Sólo hay una forma que nos permita armar grandes masas de tropas —escribió después del armisticio—, establecer convenios beneficiosos con los industriales de la nación.» Había llegado a un acuerdo con sólo uno, pero Krupp contaba más que todos los demás juntos. El compromiso de Gustav hacia el rearme era total. Según se advertía por un memorándum interno de la empresa, relacionado con el presupuesto de éste, Krupp estaba dedicando a las fuerzas armadas cuanto dinero caía en sus manos, comprendidas «grandes reservas ocultas correspondientes a los beneficios obtenidos en los años anteriores a la guerra mundial» (14). En un informe anual, Gustav escribió lo siguiente:

> «A pesar de las numerosas dudas, desde 1919 la firma ha decidido, como heredera de un patrimonio histórico, salvaguardar sus inestimables experiencias para destinarlas al potencial militar de nuestra nación, y conservar los empleados y talleres preparados para posteriores pedidos de armamento, cuando la ocasión pueda presentarse. Con esto en la mente, establecemos nuestro programa de producción de modo tal que nuestros empleados puedan adquirir e incrementar su experiencia en el armamento, a pesar de que la fabricación y venta de algunos productos supongan grandes pérdidas [...*schwere Verluste insich schlossen*] (15).

Dos años antes de que Seeckt dejara su puesto, el almirante Paul Behncke, que había participado en la batalla de Jutlandia, y sirviera como jefe del comando naval de Weimar, fue destinado a Kiel. A diferencia del dinámico Tirpitz, sus paisanos le olvidaron rápidamente, y en 1937 murió siendo casi desconocido y sin recibir honores por parte de su Führer. Sin embargo, Behncke, junto con Krupp y Seeckt, había hecho posibles los triunfos nazis de los primeros días. Incapaces de ver más allá del horizonte, provistos sólo de su fe en el carácter alemán y en la seguridad de que un poderoso dirigente surgiría en el momento preciso, el almirante, el general y el armero aplicaron todos sus fuerzos al resurgimiento del poderoso Reich que conocieran y amaran. Habían unido sus fuerzas rápidamente, nueve meses después de que el canciller Wirth aceptara las condiciones aliadas. Una vez que hubieron conferenciado, en uno de sus memorándums, Krupp señaló que si bien «un contrato oficial» entre ellos era imposible, «por razones políticas», a pesar de todo habían llegado a un «acuerdo de caballeros» *(die Vereinbarung)*. Y añadía: «Estos trascendentales convenios del 25 de marzo de 1922 son el primer paso dado conjuntamente por el Reichswehrministerium y Krupp para eludir, y, por consiguiente, anular, los reglamentos del Tratado de Versalles que estrangulan la libertad militar de Alemania.» (*) (16).

(*) El alcance del rearme bajo la República de Weimar, llega a causar asombro. Los escépticos pueden consultar dos notables escritos que pasaron inadvertidos entre la montaña de documentos exhibidos en Nuremberg. El primero es un memorándum de Krupp, de setenta y dos páginas, que lleva el título: **Die Abteilung Artilleriekonstruktion der Fried. Krupp AG. und die Entwicklung der Heeresartillerie von November 1918 bis 1933** (El departamento de construcción de artillería de Fried. Krupp AG. y el desarrollo de la artillería del

Pero el anhelo de Gustav por el Wehrfreiheit superaba incluso al de los militares. El año anterior, sin recibir respaldo alguno de Berlín, Krupp asestó el primer golpe al acuerdo de Versalles. Al cambiar sus patentes y licencias por participaciones en la siderurgia sueca de Aktielbolaget Bofors, consiguió los suficientes derechos de voto como para obtener el control sobre la producción de la firma. El primero de abril de 1921, cierto ingeniero jefe llamado Daur salió por la puerta número 28 para trasladarse a Suecia, donde permanecería diez años. Daur no era dibujante de planos, sino encargado de producción, y a fines de ese año, Bofors estaba fabricando un arma proyectada en Essen durante la guerra, el cañón de montaña L/20, de 7,5 cm. Los planos de esta pieza habían sido archivados porque hubieran resultado inoperantes en el frente occidental. Pero resultaban inapreciables en un país montañoso, sin embargo, y los holandeses compraron inmediatamente una partida para las tropas que tenían destinadas en las Indias Orientales holandesas. La venta resultó interesante, y a la vez provocativa. Aunque los alemanes tenían a veces la impresión de que habían estado luchando contra todo el mundo durante cuatro años, lo cierto es que no era así; algunas naciones se habían retirado de aquel baño de sangre, como lo hizo una potencia de primera línea, Rusia. Al actuar en un terreno neutral, como era Suecia, y vender a otros países que habían sido neutrales, Krupp podía tener libertad para seguir tramando y para hacer dinero al mismo tiempo. Durante los catorce años siguientes, Bofors trató de remplazar a la Gusstahlfabrilk, produciendo, ante el orgullo de su padre adoptivo de Essen, «los últimos tipos de cañones pesados, tanques armados con ametralladoras capaces de disparar un millar de balas por minuto, y también cañones antiaéreos, bombas de gas y muchas otras cosas» *(un vieles Andere mehr)* (17).

Por la época en que el segundo de los nuevos clientes (Dinamarca) había firmado, el acuerdo de caballeros ya estaba concertado. Según las palabras de Krupp, entonces «introdujo oficiales alemanes en los talleres de Bofors para que inspeccionasen los cañones y municiones, y para que fueran espectadores durante las pruebas de tiro. Bofors también elaboraba municiones especiales para vehículos blindados las que se disparaban en presencia de los oficiales alemanes. De este modo, las relaciones Krupp-Bofors demostraron ser beneficiosas para el posterior desarrollo de la artillería del ejército alemán». Y fue tan eficaz, que Karl Pfirsch, que fuera Kruppianer durante veinte años, y ahora era miembro de la junta directiva, fue enviado a Suecia para supervisar esas actividades. En 1927, seis años antes de que los nacionalsocialistas llegaran al poder, el título oficial de Pfirsch era el de director del departamento de material de guerra de Krupp. Aunque el margen de beneficios era insignificante, la ida y venida de tantos miembros con monóculo del Junkerherrschaft despertaron el interés de los socialistas suecos. A diferencia del SPD alemán, los suecos no estaban expuestos a la intimidación de las balas de los *Femen*, y en 1929, el Riksdag (Parlamento) de Estocolmo aprobó una ley prohibiendo la participación extranjera en la propiedad de las fábricas de armas suecas. Pero los abogados de Krupp habían estado transgrediendo tales leyes durante medio siglo, y crearon una compañía con los accionistas de Bofors. El nombre de Gustav no aparecía por ninguna parte en los archivos de la firma, y sus directores pudieron asegurar, con la mejor serie-

---

ejército desde noviembre de 1918 hasta 1933). El segundo es un informe naval secreto escrito por cierto capitán Schüssler, para el almirantazgo alemán, en 1937: **Veröffentlichung Nr. 15, Der Kampf der Marine gegen Versailles 1919-1935** (Publicación de Servicio n.º 15. La lucha de la Marina contra Versalles, 1919-1935). Como ambos fueron escritos bajo el Tercer Reich, cuando el Gobierno en el poder se atribuía «todo» el rearme, resultan doblemente impresionantes.

dad, que no tenían inversiones en la fábrica en sí, aunque de hecho *die Firma* respaldó a Bofors hasta que la comedia terminó en 1935 (18).

Las inversiones más amplias de Krupp en el extranjero, sin embargo, se hallaban en Holanda. Sus manejos allí eran anteriores a la fecha del armisticio. En 1916, el servicio británico de Inteligencia se llenó de asombro al descubrir que una sociedad de La Haya, con el nombre inglés de Blessing y Compañía, estaba importando mineral procedente de Essen. La colocaron en la lista negra, y luego, como supieron que la empresa iba de mal en peor, se olvidaron de ella. En realidad la firma sólo estaba aletargada. Krupp era el propietario del ciento por ciento del capital de Blessing, y en las semanas anteriores a la abdicación del kaiser, Blessing «compró» a Gustav reservas de Essen, Magdeburgo y Düsseldorf, contribuyendo así a la discrepancia entre las cifras que el coronel Leverett llevó a Essen el 29 de mayo de 1920, y las armas que había en realidad. A continuación, Krupp comenzó una serie de movimientos asombrosos, cada uno de ellos más singular que el anterior. Procedió a vender Blessing, con todas sus existencias, a la Hollandsche Industrie en Handel Maatschappij, cuyo nombre fue cambiado por el de Siderius A. G. Esta última, a su vez, se convirtió en compañía accionista de tres astilleros holandeses: Piet Smit, de Rotterdam, Maschinen en Apparaten Fabrik, de Utrecht, e Ingenieur-Kantoor voor Scheepsbouw, de La Haya. Dos directores de Krupp, Siegfried Fronknecht y Henri George, poseían todas las acciones de Siderius. En 1922, una vez que Krupp, Seeckt y Berncke hubieron concertado su acuerdo, Fronknecht y George se trasladaron a Holanda con cuarenta ingenieros alemanes. Era la vanguardia, como pudo verse más tarde, de un contingente mucho más numeroso (19).

Muchos años les costó a los aliados descubrir esta ingeniosa treta. Los agentes franceses comenzaron con las cifras que el general Charles Nollet había proporcionado a Leverett. Algo marchaba mal allí, pues informadores dignos de confianza habían hablado de un parque de artillería de 1.500 cañones en Essen. Los espías profesionales no cometían errores de tal magnitud, y nadie era capaz de ocultar tantos cañones. Al examinar los registros del ferrocarril (los alemanes solían escribirlo todo entre los años de 1918 a 1945, aun cuando esos documentos podían significar su ruina), los franceses descubrieron que los envíos se realizaban por la frontera holandesa, siguiendo las orillas del río Issel hasta Groninga. Se preguntó a los habitantes del país si había depósitos de cañones por allí. *Vraag-en antwoordspel,* contestaron: sí y no. Allí se habían almacenado grandes cañones, en efecto, pero se los llevaron en vagones descubiertos. El dedo de las gentes señalaba hacia el sur. Más comprobación de manifiestos, más interrogatorios, y los exhaustos agentes llegaron por fin a la Blessing-Hollandsche Industrie-Siderius, descubriendo el origen alemán de sus directores. Pero ya estaban en 1926, y Krupp había vendido buena parte de las acciones de Siderius a holandeses influyentes. Se obtuvieron suculentos dividendos, y cuando París protestó a través de conductos diplomáticos, Amsterdam repuso secamente que el Gobierno de la reina Guillermina no tenía intenciones de intervenir en lo que era, según las leyes de Holanda, una *koninklijk geodgekeurde vennootschap,* es decir, una empresa privada.

La cabeza del complejo holandés de Krupp se encontraba en La Haya. La Ingenieur Kantoor voor Scheepsbouw (Oficina de ingeniería de construcción naval), conocida en los archivos de Essen como I. v. S., había sido establecida con la aprobación y la ayuda del Marineleitung del almirante Behncke, de Berlín. De acuerdo con los documentos navales alemanes, dos tenientes comandantes, llamados Bartenbach y Blum, se unieron a treinta ingenieros del Germaniawerft para establecer «una oficina para la cons-

trucción de submarinos» en territorio holandés. Al comienzo tenían una tremenda necesidad de capital, y Berlín aprobó la venta de planos de submarinos a ciertos países, comenzando con Japón. Todo esto era una flagrante violación del Tratado de Versalles, y Gustav lo sabía muy bien. Uno de sus memorándums de aquellos años —sólo lleva la fecha «12 de abril», aunque es casi seguro que fue escrito en 1922—, manifestaba que toda la operación de La Haya supondría una violación de los artículos 168, 170 y 179. Krupp agregó: «Debemos correr este riesgo, no obstante, si la construcción de submarinos debe proseguir... Por consiguiente, las indicaciones que se establecen más adelante están basadas en el requisito posterior de que la compañía formada en Holanda no deberá tener relación aparente de ninguna clase con el Germaniawerft.» En este punto debió de tener alguna duda, ya que tachó la palabra «Germaniawerft» y la sustituyó por «astilleros» (20).

No necesitaba preocuparse Gustav. París olvidó el asunto, y los negociantes holandeses parecieron quedar más que satisfechos con sus inversiones. Los japoneses se mostraron contentos con su plano, y el I. v. S. vendió duplicados de éstos a España, Finlandia, Turquía y a la propia Holanda. Los ingenieros navales de Krupp, y los marinos germanos abandonaron La Haya para supervisar la construcción; los honorarios fueron a incrementar el patrimonio de guerra del I. v. S. Los finlandeses, comprobando la excelente calidad de sus naves, permitieron que las gentes del Ruhr construyeran el prototipo del Marineleitung, submarinos de 250 toneladas (U-1 a U-24), que serían usados en la Segunda Guerra Mundial.

Al propio tiempo, el I. v. S. llegó a un acuerdo secreto con el dictador español Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, por el cual Krupp construiría un submarino de 740 toneladas en Cádiz. Este, a su vez, se convirtió en el prototipo de los «submarinos insignia» del Reich, U-25 y U-26. Esos planos fueron estudiados en Ankara y Helsinki, donde turcos y finlandeses hicieron malabarismos con sus presupuestos para lograr la expansión naval, y desde Kiel llegaron posteriormente más Kruppianer para asegurarse de que las grandes ballenas negras navegarían bien cuando fuesen botadas. También llevaron aprendices para que observaran. Además, los constructores de barcos no eran los únicos alemanes que ganarían experiencia con la compañía títere holandesa. Uno de los oficiales de Behncke se convirtió en consejero principal de los finlandeses. Madrid, Ankara y Helsinki permitieron a los comandantes germanos y a sus tripulaciones que efectuaran pruebas en los navíos. Según estableció el *Der Kampf der Marine gegen Versailles*, el plan operativo permitía «el entrenamiento de personal náutico alemán camuflado, sin consecuencias diplomáticas desagradables para el Reich» (21).

El 16 de marzo de 1926, la Comisión de Control aliada abandonó Essen, y «aunque esto no significó el fin del espionaje», según escribió Gustav, los únicos agentes que quedaron eran simpatizantes del SPD, que podían ser despachados por los *Feme*. Ese mismo año murió Rausenberger, y Krupp contrató a un competente luxemburgués de treinta años, el doctor Eduard Houdremont, profesor de ciencias de producción de hierro *(Eisenhüttenkunde)*, de Aquisgrán. Las fábricas comenzaban a trabajar a toda prisa. Era hora de que algunos de los exiliados regresaran a casa. Los de Bofors y del I. v. S. debían permanecer donde estaban, pues Krupp no podía enseñar su puño tan pronto. A pesar de todo, estaba decidido a prepararse para «la producción en masa, en cuanto se ordenase» *(Massenproduktion auf Befehl)*. En consecuencia, ordenó a los hombres del número 4 de Potsdamer Platz que guardasen aquellos pro-

yectos que ya no requerían supervisión continua del IWG, y después de un discreto intervalo, que regresaran al Ruhr. Según sus propias palabras:

> *«Als diese Aufgaben Ende 1927 erfüllt waren, wurde KuK E aufgelöst, die Herren wurden nach Essen zurückberufen, wo inzwischen mit der Artillerie-Konstruktionsabteilung begonnen worden war.»*
>
> «Cuando a finales de 1927 esas tareas hubieron terminado, KuK (E) [Koch y Kienzle] se disolvió y los hombres regresaron a Essen donde, entretanto, había comenzado la reconstrucción del departamento de diseño de artillería» (22).

La firma entró entonces en el período que se conoció como *schwarze Produktion*, producción negra. Los trabajos se iniciaron con cañones autopropulsados, carros de asalto, tanques de aire comprimido para torpedos, motores de barcos, periscopios, cigüeñales para navíos, planchas de blindaje, mecanismos para el control remoto de artillería naval, y cohetes de diseño rudimentario. En 1918, Rausenberger estaba trabajando en un cañón para la armada, de 88 mm y alta velocidad. Este fue convertido posteriormente en cañón antiaéreo, y los proyectistas especularon con el hecho de que su variedad de aplicaciones podía hacerle útil en un carro de asalto. De acuerdo con posteriores notas de Krupp, escritas durante la guerra, «de los cañones que fueron usados entre 1939 y 1941, el más importante se hallaba ya plenamente desarrollado en 1933». Algunos se completaron mucho más temprano: «Con excepción del conmutador hidráulico de seguridad, los principios básicos de armamento y el diseño de torres para tanques, ya habían sido elaborados en 1926», y el Grusonwerk comenzó a producir carros de asalto a escala limitada en 1928 (23).

Durante la primavera de 1931, Tilo von Wilmowsky, aficionado a unirse a cualquier asociación, se hallaba en París para asistir a la reunión de una de esas confusas organizaciones que florecieron entre 1920 y 1930, abogando por la armonía internacional, pero sin dar ningún paso práctico hacia ese fin. Durante el banquete de clausura, un francés declaró que se oponía con vehemencia a la propuesta de Weimar para una unión aduanera *(Kreditanstalt)* con Austria. El barón preguntó: «¿Por qué?» Y el hombre contestó a gritos: «¡Porque habría cuarenta divisiones más para Alemania!» Rápidamente contestó Tilo: «Pero, mejor que eso, habría un solo estado mayor general.» El francés le miró atónito desde el otro extremo de la mesa. «Me parece —recordó Tilo, riéndose en voz baja— que le di la impresión de estar borracho.» (24).

El barón estaba sobrio, y su observación era pertinente. Los alemanes habían comenzado a pensar en ese sentido, una vez más. Como miembro de la dirección del Konzern, Tilo se daba cuenta de que Meppen, convertido en tierras de labor en 1919, de nuevo estaba sirviendo para pruebas de artillería, pues en 1929 un grupo de oficiales navales realizó una serie de ensayos con cañones. Otro polígono de tiro se construyó en Essen, al este de la mina Helena Amalie. En junio de 1931, ambos campos se utilizaron para comprobar las nuevas armas del ejército. Disparos en masa contra blancos de hierro tuvieron lugar en enero de 1932, y de nuevo durante la primavera siguiente. Con cada mes que pasaba se apreciaba en los talleres la compra de nuevo equipo y la creación de armas más modernas. El desdén de Berlín por el *Diktat* se iba haciendo cada vez más evidente. Arguyendo que una interpretación liberal del Tratado de Versalles permitía la construcción de un «acorazado de bolsillo» alemán *(Taschenpanzerkreuzer)*, Hermann Müller-Franken, jefe del Gabinete de

Coalición entre 1928 y 1930, pasó por alto el lema del SPI «*Kinderspeisung oder Panzerkreuzer?*» (¿Comida para los niños, o cruceros acorazados?) y persuadió al Reichstag para que destinara 80 millones para uno de esos navíos. Krupp convocó urgentemente a un grupo de ingenieros y los envió a Kiel, donde sus vecinos se maravillaran de que los hijos de esos técnicos hablasen holandés (25).

Gustav adquirió una monstruosa prensa de 15.000 toneladas, sólo utilizable en la fabricación de cañones gigantescos, se alegró de que Borbeck se hallase preparada para elaborar divisiones panzer completas, y suavizó el humor de sus directores con breves memorándums acerca del valor militar del acero Widia: «El empleo de esas herramientas reduce el tiempo de fabricación a un grado jamás considerado como posible. Por ejemplo, durante la guerra de 1914-18, la elaboración de cierta granada, mediante herramientas de acero de alta velocidad, exigía aproximadamente 220 minutos. La introducción del Widia permite fabricar máquinas automáticas que hacen esa labor en doce minutos, aproximadamente. Por consiguiente, el Widia es algo increíble.» Lo mismo que Talleyrand había dicho de los Borbones, Krupp no había aprendido nada, y no había olvidado nada. En «Objetivos de la política alemana», extraordinario artículo escrito en inglés para la *Review of Reviews,* en noviembre de 1932, Gustav protestaba de que se tratase a los alemanes como ciudadanos de segunda clase del mundo:

> «...Los derechos vitales de la defensa nacional de que gozan todos los demás pueblos, les están prohibidos. No debe haber «aumento» de armamento, sino «igualdad» de armamento; eso será el fin de todo Gobierno alemán. En Alemania no tenemos interés por aumentar las armas mundiales... Existe un rumor muy extendido según el cual la industria del armamento desea un incremento general de las armas... Como hombre de negocios, opino que el desarme debe ser el objetivo general» (26).

Al leer esto, uno se siente deprimido. Tal vez el verdadero mal provocado por Versalles no fuera el mismo Tratado—según parece, no lo era el *Diktat*—, sino la transformación de los dirigentes de las naciones en mentirosos inveterados. Mientras Krupp pronunciaba estas pacíficas palabras, uno de sus directores reunía datos para confeccionar una lista de sus principales contribuciones a un nuevo y poderoso Reich (cañón de 3,7 cm para carros blindados; cañón de 5 cm para carros blindados; cañón pesado antitanque de 7,5 cm; torrecillas ZW38 para carros de asalto; obús pesado de campaña del 18; mortero del 18...), añadiendo que todo esto era posible debido a que «la firma, actuando por propia iniciativa y creyendo en una resurrección, desde 1918 había sostenido a sus expensas a los empleados, así como los talleres para la fabricación del material de guerra».

A decir verdad, un mes después de su elocuente discurso en favor del derecho de Alemania a defenderse, Gustav recibió una felicitación de Año Nuevo del coronel Zwengauer, jefe de un departamento de la oficina de inspección de artillería del ejército, escrito que suministra un indicio acerca de los estrechos lazos que existían entre Krupp y los militares de la República de Weimar. El 28 de diciembre, el coronel le escribió: «El departamento está convencido de que gracias a su activa colaboración y a sus valiosos consejos, nuestro desarrollo de armamentos ha hecho considerables progresos en 1932, lo que es de gran importancia para nuestro propósito de rearme general» (27).

No se advertía demasiado pacifismo ni buena voluntad hacia los

hombres en aquella felicitación, pero es que el año no se había prestado para ello. El mundo entero se hallaba abrumado por la depresión económica. «Después de largos años de pérdidas —escribió Haux—, el año fiscal 1931-1932 produjo un déficit de 30 millones, de los cuales sólo 16 aparecieron en el informe anual.» Hombres sin trabajo fueron contratados para ampliar el cauce del río Ruhr, a fin de mejorar la vista desde la parte posterior de Villa Hügel; pero el panorama de la ciudad desde el castillo era sombrío. De los 40.000 Kruppianer de Essen, sólo 18.000 estaban trabajando, y lo hacían tres veces por semana únicamente. Al comienzo del invierno, las perspectivas eran tan negras que a fin de ahorrar combustible, Gustav y Bertha se trasladaron al *kleine Haus,* de sólo sesenta habitaciones, dejando el resto del castillo sin calefacción (28).

Alfried dijo en una ocasión al que esto escribe: «Mi padre no se interesaba activamente en política, a menos que fuera economía política.» Si se admite que cualquier problema político tiene una raíz económica, debemos admitir que estas palabras eran ciertas. Decididamente, Gustav no quería saber nada de cabildeos y manejos bajo cuerda, pero tanto él como Alfred y Fritz, se habían visto profundamente envueltos en asuntos de Estado. En sus «Objetivos para una política alemana», declaró: «Se ha evidenciado, con la disolución del Reichstag en setiembre, que los partidos políticos se han apartado ellos mismos de toda tarea activa para el bienestar de la nación y del pueblo. Se han mostrado incapaces de formar y sostener un Gobierno que con vigor y determinación establezca, mediante hechos prácticos, la consideración teórica de una posible mejora.» Añadía que mientras «la situación política interna no pueda ser dominada por los partidos políticos», el presidente Von Hindenburg debería nombrar «un Gobierno digno de confianza... para lograr esos fines». Krupp estaba buscando un hombre que empuñase las riendas. Pero, ¿cuál sería? En el país podían hallarse al menos una veintena de ellos, los cuales luchaban el uno contra el otro. Hasta hacía poco, Gustav estuvo contribuyendo a fondo en favor del partido nacional del pueblo (DNV), de Alfred Hugenberg, que fuera visto públicamente por última vez en Essen disfrazado de vasallo, con ocasión del centenario de la empresa. Hugenberg creía en una vuelta al antiguo Reich del kaiser, y hasta un tiempo antes pareció posible que se convirtiera en el nuevo dirigente nacional. Sin embargo, durante la crisis imperante su popularidad había decrecido notablemente. Ahora Gustav prestaba atención al partido nazi, más importante y que atraía a muchos jóvenes idealistas, Alfried entre ellos (29).

Como principal industrial de la nación, Krupp tendría que decidirse pronto. Su esposa tildaba entonces —y seguiría considerando— al jefe del movimiento nacionalsocialista como un truhán de escasa educación. Bertha no quería pronunciar su nombre y se limitaba a llamarle despectivamente «ese tal señor» *(jener gewisse Herr).* A pesar de todo, Gustav tuvo que admitir que este tal señor había llegado muy lejos desde su presuntuosa visita al Hauptverwaltungsgebäude, poco antes de la depresión. En la puerta principal del edificio de la administración podía leerse el siguiente letrero:

> «*Wir ersuchen, un überflüssige unzuträglichkeiten zu vermeiden, von der bitte um besichtigung der werke absehen zu wollen, da diese in keinem fall gewährtwerden.*»

> «Se informa, a fin de evitar malentendidos, que no se admitirían peticiones para visitar los talleres, ya que esas solicitudes no serán concedidas bajo ninguna circunstancia.»

Sin dejarse intimidar, el visitante pidió que le permitieran visitar la Gusstahlfabrik, y es de notar que le impidieron el acceso a los talleres, porque no era lo suficientemente conocido como para que se pudiera confiar en él. Krupp temía que pudiera lamentarse al ver los trabajos de rearme. Por consiguiente, sólo le dejaron visitar la exposición histórica de la empresa. Pero hasta allí desplegó Hitler su sentido teatral. Dándose cuenta del valor político que tenía una asociación con Krupp, insistió en firmar en el libro de visitas, y al hacerlo subrayó fuertemente su firma, como para dar a entender que, a no tardar, el futuro de Krupp estaría indisolublemente ligado al suyo propio. El nombre sigue allí, reciamente garabateado en una página del libro ya citado, como una profecía: *Adolf Hitler* (30).

Para situar los acontecimientos en el tiempo, diremos que la poco exitosa tentativa de Hitler para penetrar en los elevados muros y vigiladas puertas de la armería de Alemania, se había producido un año antes del banquete de Tilo en París, cuando el Grusonwerk entraba en el cuarto año de la producción de carros de asalto, cuando Krupp exhibía regularmente nuevas armas en Meppen, y también cuando el nacionalsocialismo, con sólo doce escaños en el Reichstag, era considerado como un partido furibundo y disidente. Durante las elecciones del 14 de setiembre de 1930, para el Reichstag, esta situación cambió. Los nazis obtuvieron 107 asientos, yendo sólo detrás de los socialdemócratas. Ya tenían que ser tomados en serio. Poseían apoyo popular, sin olvidar la incondicional adhesión de todos los matones no comunistas del país.

En las campañas de primavera de 1932, cuando Hitler se enfrentó infructuosamente con la presidencia de Hindenburg, sus tropas de asalto destrozaron los escaparates de los comercios propiedad de judíos, y apalearon a comunistas y socialdemócratas, sin distinciones, en las calles. Y esto ocurría cuando les estaba prohibido hacer demostraciones. Cuando el anciano Feldmarschall levantó la prohibición a los camisas pardas ese mes de junio, Berlín y Brandenburgo pasaron por unos momentos tan caóticos que hubo que implantar la ley marcial. En los meses siguientes nuevas elecciones dieron a los nazis 230 diputados, lo cual no era una mayoría, pero sí un número más amplio del que tenían los demás partidos individualmente. Lo único que separaba a Hitler de la cancillería era su propia voluntad. Se negó a aceptar el cargo con poderes restringidos, mediante una coalición, o siendo antes vicecanciller. De este modo, el débil y desacreditado Gobierno seguía dando tumbos ciegamente, mientras el pueblo iba una y atra vez a las urnas, incapaz de resolver la situación.

Krupp consideraba todo eso como muy confuso. Con su habitual reverencia por los jefes de Estado, había seguido enviando sumisas cartas a Guillermo, que se hallaba en la localidad holandesa de Doorn, y si bien convino con sus colegas industriales que Weimar era un *Zwischenreich*, un régimen temporal, no obstante se marchó indignado de un mitin cuando uno de los asistentes se refirió al antiguo presidente Ebert llamándole «ese talabartero». A Gustav le complacía obedecer; sólo pedía que le dieran un jefe enérgico. Como carecía de eso, y anhelaba una vuelta al antiguo orden, sacó en conclusión que debía producirse un «gran cambio» *(grosser Umschwung)*. Su posición, y el eminente nombre que llevaba, significaba que cualquier nuevo dirigente encontraría un camino difícil sin su apoyo activo. Comprendiendo su responsabilidad, vaciló mientras otros actuaban. Ya en 1925, Carl Duisberg, de la I. G. Farben había pedido «el hombre fuerte» que necesitaban los alemanes. Ahora, Duisberg había hallado esa persona, y estaba encantado con ella. De igual forma,

Fritz Thyssen ingresó en el partido nazi en diciembre de 1931 y contribuyó a él con cien millones de marcos. Hasta Seeckt, que respetaba tradicionalmente la separación total entre el Estado y el ejército, aconsejó a su hermana que votase por Hitler, explicando: «La juventud tiene razón. Yo ya soy demasiado viejo.» (31).

Algunos de los motivos para la indecisión de Krupp eran clasistas. Lo mismo que Bertha, consideraba a Hitler como un advenedizo. Uno presiente que ambos hubieran tenido una actitud mucho más propicia hacia el ex cabo, si éste hubiera sido un antiguo oficial llamado Adolf von Hitler. Además, a Gustav también le disgustaba su falta de compostura. Un jefe de Estado debía ser majestuoso, aplomado, sensato. El héroe nazi no era nada de eso. En ciertos momentos se descarriaba, llegando a ofender a los hombres de negocios, a los que llamaba «necios y estúpidos incapaces de ver más allá de los cacharros con que cambalachean», o permitiendo que Goebbels se burlase de la Reichsverband der Dutschen Industrie, la Asociación Nacional de Fabricantes Alemanes, tildándola de «liberal, judaizante, capitalista y reaccionaria», e incluso escribiendo en el punto doce del programa nacionalsocialista: «Exigimos la total confiscación de los beneficios obtenidos durante la guerra.» De todos modos, Hugenberg aseguró a Krupp que si Hitler llegaba a subir al poder, «Papen y yo le manejaremos». A pesar de eso, Gustav siguió sin decidirse, distribuyendo sus donativos entre los partidos de derechas, incluido el nacionalsocialismo, aunque sin preferirle a los demás (32).

La conversión de Krupp llegó tarde, y resulta imposible determinar con exactitud la fecha, ya que ciertos documentos fueron destruidos posteriormente. Sabemos que aún estaba fuera del nazismo, incluso en fecha tan adelantada como el 27 de enero de 1932, cuando Thyssen preparó una reunión donde Hitler habló a los Schlotbarone en el Industrieklub, de Düsseldorf. Gustav no asistió al acto, desoyó la llamada de sus colegas y no quiso contribuir a los numerosos donativos que suscitó el discurso. No obstante, envió a un miembro de su directorio al Industrieklub con instrucciones de que le informase ampliamente sobre el acto. El emisario regresó con algo más que eso; él mismo se había intoxicado, y ante el disgusto de Tilo, que consideraba a Hitler como un verdadero demagogo, declamó virulentas parrafadas de propaganda sobre el nacionalsocialismo. Krupp vaciló aún más. Hugenberg se había pasado al bando de Hitler, a fin de presentar un frente unido. Era evidente que aquel hombre debía de tener «algo» (33).

El 22 de marzo, J. K. Jenney, agente del departamento de relaciones extranjeras de Du Pont, informó a Wilmington: «Se rumorea extensamente en Alemania que I. G. está financiando a Hitler. Otras firmas que según se supone hacen lo mismo, son Krupp y Thyssen.» Jenney se equivocaba respecto a Gustav, el cual respaldaba a Franz von Papen y a Kurt von Schleicher por aquella época, por más que la esvástica comenzase a parecerle un emblema atractivo. Ante las exhortaciones de Thyssen, los nazis abandonaron sus planes para nacionalizar la industria, después de habérseles prometido activo apoyo por parte de los negociantes alemanes. Además, para Gustav la idea del *Führerprinzip* que sustentaba el antiguo cabo, confirmaba aún más el hecho de que un patrono debe ser el amo de su empresa. En Essen tales palabras eran sagradas, y como apóstol de ellas, Gustav se había convertido en uno de los industriales más antisindicalistas de Europa. En 1928 dirigió a los fabricantes de acero del Ruhr en un cierre de fábricas que comprendió a 250.000 hombres, y cuando esto hubo concluido, persuadió al Gobierno para que impusiera una reducción de sueldos «de emergencia» del quince por ciento, lo cual achacaron los Kruppianer a Weimar, y no a Villa Hügel.

Hitler comunicó al fin (a través de Thyssen y Hugenberg) que estaba dispuesto a organizar el mundo del trabajo. Esto hizo que Krupp se acercase un paso más a él. Consideraba que debía hacerlo así, ya que no sólo era el capitalista más importante de Alemania, sino que en el otoño anterior había sucedido a Carl Duisberg como presidente del Reichsverband, y su obligación de tomar partido gravitaba con fuerza sobre él. Si el Führer iba a hacer de cada fabricante un Führer de su propia empresa, en tal caso merecía el apoyo de todos los grandes negociantes. Según las palabras de un escritor del Konzern, «*Er hat nichts gegen Hitler, warum sollte er watwas gegen ihn haben?*» («La firma no tiene nada contra Hitler. ¿Por qué había de ponerle objeciones?») (34).

El momento decisivo para Gustav parece que fueron las elecciones del 6 de noviembre de 1932. El Reichstag se había disuelto debido a que Hitler se negó a formar un Gobierno con Papen. Pedía «*entweder im vollen Ausmasse od. überhaupt nicht einzutreten*» (todo o nada), y al principio parecía haber perdido la jugada. La incesante campaña terminó con la paciencia de los principales patrocinadores del partido. «Resulta extraordinariamente difícil obtener dinero —escribió Goebbels en su diario el 15 de octubre—. Todos los caballeros de "propiedad y educación" apoyan al Gobierno.» Como consecuencia de ello, los nazis habían perdido dos millones de votos y treinta y cinco asientos en el Reichstag, mientras los comunistas ganaban tres cuartos de millón de votos y once diputados. Thyssen declaró que no podía hacer más contribuciones al nacionalsocialismo, y Goebbels se enfrentó con la posibilidad de no poder pagar a los funcionarios nazis, a los impresores y a los bravucones del S. A. (Sturmbteilung), que costaban dos millones de marcos semanales al partido. El pequeño *Doktor* se desesperaba. «En el organismo reina un profundo desánimo, y la falta de dinero impide cualquier trabajo constructivo —escribía el 8 de diciembre—. Todos estamos muy desalentados, especialmente ante el actual peligro de que el partido pueda derrumbarse haciendo inútil nuestro duro trabajo. Actualmente nos estamos enfrentando con la prueba decisiva.» Y tres días más tarde agregaba: «La situación financiera de la organización de Berlín es desesperada. No hay más que deudas y obligaciones.» En la última semana del año, mientras el coronel Zwengauer expresaba a Gustav su gratitud por «nuestro proceso de armamento en 1932», Goebbels se mostraba tremendamente pesimista: «1932 nos ha traído una constante mala suerte... El pasado se presentaba difícil, y el futuro aparece oscuro y sombrío; todas las perspectivas y esperanzas se han desvanecido.» (35).

El resurgir llegó pocos días más tarde. Durante todo el otoño los industriales alemanes habían intentado llegar a un acuerdo con Hitler. Ocho días después de la disolución del Reichstag, August Heinrichsbauer, un propietario de minas que actuaba como enlace, escribió a Gregor Strasser, entonces el segundo hombre del partido, que determinados potentados se disponían a sugerir a «influyentes organismos de Berlín» que «Hitler debía ser nombrado canciller del Reich». La discreción de Heinrichsbauer resulta irritante, pues de haber identificado a sus clientes es muy posible que entre ellos hubiera figurado el nombre de Krupp. Como no lo hizo, no podemos estar seguros de ello. Los progresos de los comunistas en el nuevo Reichstag habían alarmado a Gustav. Con esto llegamos a un documento que generalmente se acepta como auténtico. Después de las elecciones, un dirigente nazi llamado Wilhelm Karl Keppler preparó un resumen de la carta que Heinrichsbauer había escrito «*zur Bekämpfung des Bolschewismus*» (para combatir al bolchevismo). Keppler la transmitió entonces a un nazi furibundo, el barón Kurt von Schröder, de la poderosa casa bancaria I. H. Stein, de Colonia, el cual recogió las

firmas necesarias y las envió al secretario del presidente el 28 de noviembre (36).

El original fue destruido al ser bombardeada la cancillería del Reich diez años más tarde. El edificio de Stein quedó también reducido a ruinas, pero después de terminada la guerra un oficial norteamericano rebuscó entre los escombros y dio con la copia de Schröder. Claramente se apreciaba que los industriales estaban atemorizados. El resultado de las elecciones les habían convencido de que debían elegir entre la extrema derecha y la extrema izquierda. La carta se iniciaba con un solemne réquiem por Papen: los acontecimientos «demostraban que el anterior Gobierno, cuyas sinceras intenciones nadie ponía en duda, no hallaba adecuado apoyo entre los alemanes». Era imperativo, seguía argumentando, «excluir al partido comunista, cuya actitud es negativa para el Estado». La carta pedía «confiar al jefe del mayor grupo nacional la responsabilidad de la jefatura de un gabinete presidencial, que orientase los mejores esfuerzos técnicos y personales, y elimine los errores que por fuerza afectan a cualquier movimiento de masas; ello incitaría a millones de personas, que hoy aún están al margen, a tomar una actitud positiva». El mensaje era claro: había que eliminar las vacilaciones y elegir a Hitler, que sería el responsable. De lo contrario se produciría el caos. Si la copia de Schröder era exacta, las treinta y ocho firmas estaban encabezadas por las de Schacht y Krupp (37).

Hindenburg ya había ofrecido a Hitler la cancillería cuatro días antes de que la carta fuera entregada. El presidente deseaba establecer vínculos, pero Hitler aún se negó. Kurt von Schleicher formó un gabinete presidencial el 2 de diciembre, y según Thyssen, «fue sobre todo herr Krupp von Bohlen quien abogó entonces por un acercamiento entre Strasser y el general Schleicher». Esta sugerencia casi destruyó a los nazis, ya que Strasser quiso colaborar con el Gobierno. Hitler denunció que Strasser quería apuñalarle por la espalda, le mandó de vacaciones y durante su ausencia le desposeyó de cuantos poderes tenía en el partido. De todos modos la posición del partido nacionalsocialista siguió siendo precaria hasta que Schleicher, en un acto de increíble estupidez, se enemistó con todos los hombres «de propiedad y educación», a consecuencia de una emisión radiada a todo el país. Rogó a sus oyentes que olvidaran su condición de general, y les prometió una economía planeada, control de precios, el fin de la reducción de salarios, y la confiscación de las propiedades de los Junker en favor de los campesinos. De un solo golpe perdía a sus amigos, incluyendo al propio Hindenburg, que también era terrateniente. Como Schleicher trataba igualmente de atraerse a los sindicatos, el dinero de los ofendidos barones del Ruhr comenzó a volcarse en los cofres vacíos de los nazis. El 16 de enero Goebbels escribía que la situación fiscal había «mejorado sustancialmente de la mañana a la noche». No se sabe exactamente la cantidad de dinero que aportó el Hautpverwaltungsgebäude. De todos modos, no hay duda de que Krupp contribuyó entonces, si bien el mayor aporte de Gustav a la causa nazi aún no había tenido lugar (38).

El presidente separó a Schleicher de su cargo el 28 de enero. Dos días más tarde Hindenburg designaba canciller al hombre que burlonamente llamara «ese cabo austríaco» *(den österreichischen Gefreiten)*. Hugenberg se convirtió en ministro de Economía y Agricultura, y Papen fue vicecanciller. El 4 de enero, conferenciando con Hitler en la casa de Schröder, en Colonia, Papen creyó haber llegado a un acuerdo con el futuro Führer, y alegremente dijo a Hugenberg: «*Wir haben Hitler engagiert!*» (¡Hemos contratado a Hitler!) (39). Indudablemente, si hubieran estado tratando

con un político ordinario, las posibilidades de supervivencia de Hitler habrían sido escasas. Los nacionalsocialistas eran decididamente una minoría en el Reichstag, pero aunque los antinazis parecían detentar los puestos más importantes en la nueva cancillería del Gobierno, fueron culpables de un grave error. Hermann Goering fue nombrado ministro sin cartera, entendiéndose que regentaría la Luftwaffe cuando Alemania la poseyera. Mientras tanto, y pasando casi inadvertido, le habían hecho responsable de la policía prusiana. Eso era todo lo que el maligno genio de Hitler necesitaba. Antes de las nuevas elecciones, a celebrarse el 5 de mayo, proyectó que actuasen sus matones de las SA, y tramó dos maniobras: el Reichstag sería incendiado, culpándose a los comunistas de la fechoría, y recogería de los capitalistas alemanes el suficiente dinero como para financiar la campaña política más cara en la historia del país.

Aparte de su puesto en el Gobierno, Goering era presidente del Reichstag. Su posición le hacía acreedor a una casa. Un pasadizo subterráneo conducía desde el sótano de ésta al Reichstag, y los historiadores están de acuerdo en que semejante túnel jugaría un papel fundamental en la consolidación del poderío nazi. Los incendiarios de las SA proyectaron pasar por la galería en la noche del 27 de febrero. Justamente una semana antes el Präsidentspalast fue destinado para la plácida tarea de recolectar fondos, y Goering envió telegramas a los veinticinco hombres más ricos de la nación. Gustav leyó lo siguiente:

> «Kruppbohlen invitado respetuosamente a conferenciar en la casa del presidente del Reichstag, Friedricheberstr, el lunes 20 febrero 6 tarde, en que el canciller del Reich explicará su política. (Firmado) Presidente del Reichstag Goering, ministro del Reich.» (40).

Como es natural, Krupp aceptó. Para él no era aquella la maniobra de un político ambicioso, sino una orden que partía del jefe del Gobierno. Al nombrar a Hitler, Hindenburg le había dado la sagrada investidura del cargo oficial, y con ello la indeclinable lealtad del jefe de la primera familia industrial de Alemania.

El anfitrión se sentó entre una serie de sillones cuidadosamente dispuestos. Krupp, por ser el más adinerado y por detentar la presidencia del Reichsverband, se hallaba en el lugar preferente; detrás de él estaban cuatro directores de la I. G. Farben, así como Albert Vögler, presidente de la poderosa Vereinigte Deutsche Stahlwerke. Goering habló en primer lugar, presentando a su líder a aquellos que, como Krupp le veían en persona por vez primera. Luego el canciller se puso en pie. «Estamos a punto de celebrar las últimas elecciones», comenzó diciendo y se detuvo para que calase hondo el significado de estas palabras. Naturalmente, la transición hacia el *Nationalsozialismus* debería ser paulatina. En consecuencia, solicitaba el apoyo de los presentes. Al apoyar la dictadura, se estarían respaldando ellos mismos, ya que «la empresa privada no puede mantenerse en una democracia» *(privates Unternehmertum könne in der Demokratie nicht bestehen)*. Para aclarar cualquier duda que hubiera acerca de sus palabras, añadió que entre las formas malignas que adoptaba la democracia, una de ellas era el sindicalismo. Si se dejaba al Reich en manos de semejantes instituciones, «inevitablemente se derrumbaría». La más noble tarea de la jefatura del Gobierno era hallar unos ideales que ligasen con fuerza al pueblo alemán, y él había incluido ese ideario

en el nacionalismo y en la fuerza de «autoridad y personalidad» *(Autorität und Personalichkeit)*. Aseguró que no sólo eliminaría la amenaza del comunismo, sino que restauraría la Wehrmacht con su antigua gloria. Como ocurría con todos los discursos de Hitler, en éste también divagó, pero en lo esencial no podía resultar más claro. Trataba de liquidar la república de Weimar, y necesitaba el dinero de los que le escuchaban. «A pesar de lo que ocurriese en las urnas, no habría retirada.» Si perdía, iba a mantenerse en el Gobierno «por otros medios... y con otras armas» (41).

Cuando Hitler tomó asiento, Krupp se puso en pie. En una breve comunicación fechada dos días más tarde, y archivada en su *Correspondencia personal de 1933-34*, Gustav anotó simplemente: «El 20 de este mes expresé al canciller del Reich, Hitler, la gratitud de los aproximadamente, veinticinco industriales presentes por habernos dado una descripción tan clara de sus planes.» Pero su compromiso había sido más profundo que eso. En Nuremberg, Hjalmar Schacht declaró que «cuando Adolf Hitler hubo pronunciado su discurso, el anciano Krupp le contestó y expresó el sentimiento unánime de los industriales en apoyo de Hitler». Goering les recordó el objeto de la reunión. Haciendo hincapié en las palabras de Hitler, manifestó: «El sacrificio que se pide será mucho más fácil de realizar si la industria comprende que la elección del 5 de marzo será seguramente la última de los diez próximos años, o posiblemente la última de los cien años futuros.» Schacht lo expresó más crudamente, y exclamó: *«Und nun, mein Herren, an die Kasse!»* (¡Y ahora, señores, a pagar!) Hubo un murmullo entre los que ocupaban los sillones. Una vez más Krupp se levantó a hablar como portavoz. Declaró que donaba un millón de marcos, y Schacht recaudó otros dos millones de los demás (42).

«Al financiar la elección del terror de 1933 —escribió el profesor Arthur Schweitzer veinte años más tarde—, los dirigentes de los grandes negocios hacían una sustancial inversión en el nuevo Gobierno, y se convertían de hecho en plenos asociados del Tercer Reich.» Afortunadamente para el canciller, sus fondos eran lo suficientemente amplios como para mantener al partido después de las elecciones, ya que los resultados fueron sorprendentemente poco concluyentes. Hitler lo tenía todo a su favor: dinero, la maquinaria del Estado, los ingeniosos artificios propagandísticos de Goebbels, el prestigio y el respaldo del nombre de Krupp, y un decreto firmado por el presidente Hindenburg, al día siguiente del incendio provocado, que entre otras cosas cercenaba la libertad de Prensa, el derecho a las reuniones, e incluso la libre correspondencia privada. Las tropas de matones no dejaron una sola nariz enemiga sin sangrar. Desde la incursión de la policía de Goering a la casa de Karl Liebknecht, del SPD, hasta los latigazos a tenderos judíos, que tenían lugar en callejas poco concurridas, toda la campaña fue una orgía de violencia. Y a pesar de esto, los nacionalsocialistas, sólo ganaron un 44 por ciento de los votos. Sumando sus 288 escaños a los 52 de Hugenberg, poseían una mayoría de 16, la suficiente para gobernar, pero no lo bastante para obtener los dos tercios que Hitler necesitaba para legalizar su dictadura. Sin embargo, gracias a la abundancia de numerario, los delegados nazis estuvieron en situación de efectuar sobornos por vez primera. La *Gesetz zur Behebung der Not von Volk und Reich* del nacionalsocialismo, literalmente «ley para eliminar los riesgos del pueblo alemán y del Reich», pero que en realidad era un acto decretando el establecimiento de un régimen totalitario, fue aprobada por 441 votos contra 84, con el apoyo de todos los partidos, excepto los socialdemócratas. El Tercer Reich, o en la jerga nazi «El Reich del milenio», era ya una realidad. Llenos de jú-

bilo, los uniformados diputados nacionalsocialistas se pusieron en pie y rompieron a cantar el sombrío himno que había sido compuesto cuatro años antes por un joven y mundano nazi llamado Horst Vessel:

Die Fahne hoch! Die Reihen dicht geschlossen.
S. A. marschiert mit ruhig festem Schritt...

¡En alto las banderas! Cerrad vuestras filas.
La S. A. marcha con paso firme y sereno... (43).

La autoridad de Hitler superaba ahora a la del kaiser en la época de mayor esplendor del imperio, y según las palabras del acusador, al iniciarse en Nuremberg el proceso, trece años y medio más tarde, «la ruina del Reichstag por sus oponentes políticos, y la ayuda del Deutschnationalen Volkspartei [de Hugenberg], que estaba fuertemente financiado y apoyado por Krupp, le dio los votos necesarios para su puesta en vigor». Esta fue la base para la acusación del SPD de que «*Krupp abrió financieramente el camino de Hitler al poder*» (44). A semejanza de muchas acusaciones políticas, en ésta se exageraban y se simplicaban las cosas demasiado: Krupp hubiera abierto el camino a cualquier dirigente que pudiera surgir. Había considerado a varios de ellos, y se decidió por Hitler al final. A pesar de todo, actuó en el preciso momento, e iba a hacer lo necesario para reparar con su entusiasmo lo mucho que había tardado en decidirse.